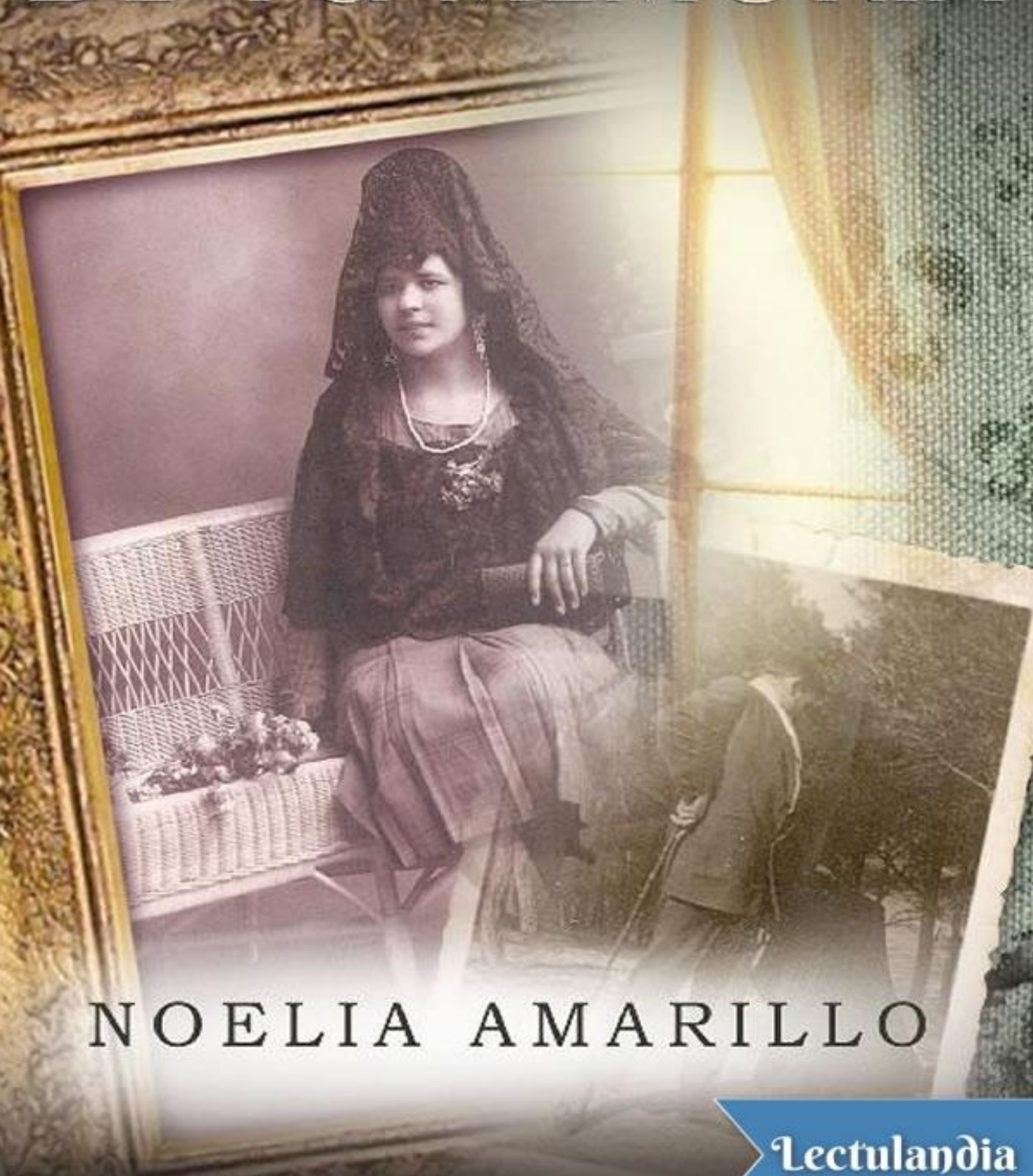


LA SOMBRA DE TU MEMORIA



NOELIA AMARILLO

Lectulandia

Una conmovedora novela que entrelaza vida, pasión y memoria en la España de la Guerra Civil. La historia de una mujer que luchó contra la indiferencia y que esbozará el difícil camino de su vida y el de toda su generación.

Una emocionante novela que gustará a las lectoras y los lectores de *El tiempo entre costuras*.

A través de los trazos irregulares de su memoria, Visi, la protagonista, esbozará el difícil camino de su vida, que no es otra que la de toda una generación que intenta guardar sus recuerdos en el único lugar en el que las arenas del tiempo no pueden enterrarlos: en las mentes de sus descendientes. Este no es solo el relato de una mujer, es una carta abierta, una lucha contra la indiferencia, una declaración de vida.

Una historia que comienza en 1913 con la muerte de un ser querido, y que solo terminará cuando las sombras de la memoria se pierdan en el olvido.

Lectulandia

Noelia Amarillo

La sombra de tu memoria

ePub r1.0

Titivillus 23-01-2019

Título original: *La sombra de tu memoria*

Noelia Amarillo, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Conservo miles de recuerdos de mi niñez y, entre todos ellos, hay uno que siempre me acompaña. Quizá porque no quiero que se pierda en las arenas movedizas del presente. Quizá porque si olvido ese recuerdo, olvidaré con él a una de las personas más importantes de mi vida.

Recuerdo las tardes de invierno de mi infancia sentada junto a mi hermano sobre la desvencijada alfombra del comedor, escuchando con atención las historias que mi abuela nos contaba con voz apasionada.

Conocí a mi abuelo gracias a aquellas tardes.

Recuerdo aquellos domingos en los que mi abuela invitaba a sus hermanas y amigas a casa. Me sentaba muy quieta en el sillón y observaba a las ancianas colocar sobre la mesa, como en un ritual, un tapete, unos vasos, una botella de anís y una baraja de cartas. Se sentaban sonrientes y comenzaban a jugar, y era en ese preciso instante cuando comenzaba la magia. Entre partidas de julepe y cinquillo iban desgranando ante mis atentos oídos infantiles sus primeros años de vida, su primer amor, su primera muerte. Cada uno de los avatares que les había llevado a convertirse en las mujeres entrañables, fuertes y seguras que tenía ante mí.

Con el devenir de los años los vasos que mi abuela colocaba sobre la mesa comenzaron a menguar y las voces que me narraban sus vidas se convirtieron en ecos susurrados por aquellas que aún luchaban contra la muerte de la memoria. Hasta que llegó un domingo en el que fue solo la voz de mi abuela la que escuché.

Años más tarde también ella partió, dejándome desolada.

Recuerdo a mi abuela.

La recuerdo cada día de mi vida.

Recuerdo a sus fieles compañeras de dichas y fatigas.

Recuerdo cada susurro que he escuchado en labios de mi abuela materna, de mis abuelos paternos y de todas aquellas personas con arrugas en la piel, ánimo en el alma y palabras en los labios que se han cruzado en un momento u otro en el camino de mi vida.

Nunca las olvidaré. Son parte de mi historia.

NOELIA AMARILLO

1

VISI

Rojo sobre blanco

A padre lo mataron por un pollo.

Cuando alguien me pregunta cómo murió mi padre siempre digo que murió de gripe, pero no es cierto. A padre lo mataron por un pollo.

Corría el año 1917, yo tenía entonces cuatro años y vivíamos tranquilos en nuestro pueblo, el último de la provincia de Madrid pegando con Toledo. Teníamos una casa sencilla, con dos habitaciones para los nueve y un pequeño corral en la parte trasera con algunas gallinas. A unos pocos kilómetros estaban nuestras tierras, no eran muchas, pero nos daban para vivir. Una parte de la cosecha la comíamos y otra la vendíamos o la cambiábamos por lo que en ese momento necesitáramos.

En ese año tenía seis hermanos mayores y tres más que hubieran podido ser pero no fueron, nacieron muertos. Yo era —soy— la más pequeña. Mis hermanos ayudaban a padre con las tierras y mis hermanas a madre con la casa. Yo, como era la pequeña, fui la niña mimada, incluso iba a la iglesia y el cura me enseñaba las letras del abecedario. Aún recuerdo unas cuantas.

Aquel aciago día de verano hacía calor, en las tierras no había mucho trabajo que hacer y algunos de mis hermanos mayores estaban en la parte de atrás, junto al corral. Jugaban con tirachinas a acertar a darle a algunas piedras colocadas sobre el murete que separa nuestra casa de la vecina. Entonces, sin querer, mi hermano Segundo mató un pollo. Lo malo es que no fue nuestro pollo, sino el de la vecina.

Yo estaba en la cocina ayudando a mi hermana Segunda y a madre cuando la puerta retumbó por los golpes. Madre siempre fue una persona muy serena y ese día no iba a ser distinta. Se lavó las manos en la pila de piedra y se las secó en el delantal. Recuerdo que era un delantal blanco; por mucho que mi madre trabajara en casa, su delantal siempre estaba blanco, siempre limpio, como ella. Anduvo con pasos medidos hasta la puerta y la abrió sin asomarse por el ventanuco a mirar quién era. Ya lo sabía.

Solo por la manera de golpear la puerta se puede conocer a las personas.

Madre llamaba a la puerta siempre con tres golpes suaves, rítmicos. Padre con un solo golpe, fuerte; para qué dar más si con uno bastaba, solía decir. Mis hermanos José, Segundo y Francisco no llamaban, se estrellaban contra la puerta, siempre corriendo, siempre jugando. Mi hermana Segunda llamaba con prisas, varios golpes fuertes y el sonido de su zueco taconeando el suelo a la espera de que alguien abriera. María llamaba con un roce tan suave que apenas se oía, un toque de dulzura

contenida. Victoria daba un solo golpe, igual que mi padre, siempre práctica. Y yo... yo no necesitaba llamar a la puerta, pues mis padres siempre me tenían con ellos.

Ella, la vecina, jamás llamaba a la puerta, jamás se acercaba a nuestra casa, pero la veíamos, la sentíamos observándonos. El odio en su mirada, la envidia en su cara.

Su familia no era como la nuestra, ella no era dulce y reposada. Su marido no era trabajador ni práctico, sino borracho y vago. Sus hijos no reían escandalosos como mis hermanos y sus hijas no ayudaban en la cocina a su madre, quizá porque apenas tenían comida que cocinar pues su padre se lo gastaba todo en vino. Su patio estaba descuidado y en su corral a veces se podía ver algún pollo esquelético más muerto de hambre que sus dueños. Las ventanas estaban sucias, los suelos sin barrer y las tejas del tejado sueltas. Pero ese día, ella, la vecina, cruzó su patio y golpeó nuestra puerta. Golpeó nuestras vidas.

Madre abrió y antes de que le diera tiempo a decir «buenos días», ella, la vecina, empezó a gritar. Los sinvergüenzas de mis hermanos habían matado un pollo. Su pollo. Eran unos desgraciados que no hacían más que maldades. Alguien tendría que pagar por lo que habían hecho. Y mientras gritaba, su mano sucia de uñas rotas sujetaba por el cuello al pollo muerto. La piedra del tirachinas le había dado en la testa y un hilillo de sangre resbalaba hasta el pico.

Madre intentó tranquilizarla, hablar con ella, pero no encontró hueco para hacerlo. Ella, la vecina, seguía gritando y esgrimiendo el pollo como si fuera una cachiporra. Cuando por fin calló, mi madre le rogó que entrara en casa y se tomara un vaso de agua, le ofreció ir a nuestro corral para que ella eligiera el pollo que más le gustase y se lo llevara a cambio del que mis hermanos habían matado. Madre no tenía inconveniente en comerse el muerto. Ella, la vecina, la miró con los ojos rojos de odio, la cara colorada por la rabia y los dedos crispados en el cuello del pollo inerte. Alzó la barbilla y habló. Su voz rezumaba desdén.

—Este pollo traerá sangre.

No dijo más, agarró con ambas manos el cuello del pollo y lo retorció hasta separar la cabeza y el cuerpo. La sangre comenzó a manar a borbotones manchando el immaculado delantal blanco de mi madre cuando se lo arrojó.

Agua sobre vino

Padre era ante todo un hombre práctico.

Tenía tierras, tenía hijos, tenía hijas y tenía una esposa. Todo lo que tenía lo había buscado con ahínco y, por tanto, todo lo que tenía lo debía cuidar.

Empezó trabajando en el campo desde muy niño.

Trabajó y trabajó sin gastar nada más que lo poco que daba a sus padres cada mes. Cuando tuvo suficiente dinero ahorrado, pidió a su padre el pedazo de tierra que le correspondería por herencia y, con pocas maderas cortadas por él mismo y algunas piedras recogidas en los montes, se hizo su casa. Cuando tuvo su casa siguió trabajando y siguió ahorrando.

Todas las mañanas, cuando llegaba la hora del almuerzo en los campos, la hija pequeña del patrón les llevaba agua en cántaros y vino en botijo. Y padre se fijó en que aunque era menuda y de dientes prominentes, tenía fuerza de sobra para llevar los cántaros, siempre iba limpia, ayudaba sin protestar a sus padres y tenía en sus ojos una indeleble y sincera sonrisa.

Y fueron sus ojos los que le cautivaron.

Una sonrisa de boca siempre se puede fingir, decía, subes las comisuras de los labios y ya estás sonriendo. Pero una sonrisa de ojos no puede ser mentira.

Padre siguió trabajando y ahorrando, y madre siguió repartiendo cántaros de agua y sonrisas de ojos. Padre le decía buenos días y madre le daba la primera taza del cántaro de agua a él, y esto era toda una promesa. Porque en aquel entonces no había una taza para cada trabajador, sino una para todos y madre, al darle a él de beber primero, le mimaba más que a los demás.

Un día, cuando madre dejó el cántaro en el suelo y llenó por primera vez la taza de agua, antes de dársela a padre bebió ella, luego volvió a llenarla y, con una sonrisa de ojos, se la ofreció a padre. Padre bebió en el mismo lugar en el que los labios de madre se habían posado. Fue su primer beso.

Madre se fijó en padre por primera vez cuando vio que era el único de todos los trabajadores que no bebía del botijo de vino, solamente de la taza de agua. Un hombre que no bebía vino era un hombre que no se embriagaba. Más tarde oyó en el pozo que no iba con los otros trabajadores a la taberna y que vivía en una casa que él mismo se había construido. Un hombre que no va a la taberna, no se juega el jornal. Un hombre que construye su propia casa es un hombre que busca su vida.

Madre comenzó a coser por las noches, cosía sábanas blancas, manteles con adornos de punto de cruz y tapetes de ganchillo. Y cuando su padre iba a la ciudad le pedía enseres domésticos como pago por sus tareas en la casa.

Padre recogía madera, la tallaba y la pulía dando forma a diversos muebles. Cortó unos robles con su hacha y se fabricó una cama grande, le pidió a su padre lana de las ovejas y rellenó un colchón.

Padre siguió trabajando, siguió ahorrando y cuando hubo reunido dinero habló con su patrón.

—Véndame las tierras del norte, no son muy grandes y un hombre con hijos las puede trabajar para él y su familia.

—Pero tú no tienes familia, no tienes hijos.

—Véndame las tierras y deme la mano de su hija.

El patrón le miró, no le hizo falta preguntar a cuál hija se refería. Su hija menor, delgada y poco agraciada, su hijita toda dulzura y serenidad. Su pequeña que cosía hasta la medianoche, la que bebía de la taza antes de servir a ese hombre. Asintió con un solo golpe de cabeza, alzó la mano y las estrecharon. El domingo siguiente mis padres se casaban.

Al año nació su primogénito, José. Padre le puso ese nombre por ser el del padre de Nuestro Señor. Porque era carpintero y porque era un hombre trabajador. Y él quería que su hijo fuera carpintero, era mejor que cuidar tierras, y quería que fuera trabajador, era mejor que ser un vago.

Un año más tarde nació Segundo. Le llamó así porque era su segundo hijo. Para qué buscar más nombres si el niño lo había elegido al nacer en segundo lugar.

Más tarde madre tuvo un hijo que nació muerto. El año había sido duro y seco. No hubo comida suficiente. A nadie le extrañó que el bebé no pudiera vivir. Le llamó Pedro, para que cuando llegara al cielo, san Pedro al abrirle las puertas se fijara en que llevaba su nombre y le sonriera.

Madre y padre continuaron trabajando las tierras sin descanso, consiguiendo mejores cosechas y cuidando a sus pequeños como mejor sabían. Los niños les acompañaban al campo, recogían las aceitunas que caían de los olivos cuando padre golpeaba las ramas con la vara; apenas sabían andar, pero sabían recoger olivas.

Luego nació María. La primera hija. Padre la llamó así por la Virgen, para que fuera dulce y bondadosa, amante de su marido e hijos. Y quizá fue por el nombre o quizá porque heredó el carácter de madre, María siempre nos cuidaba con ternura y nos curaba los arañazos con besos.

Después de María vino Segunda. Padre pensó que si su segundo hijo se llamaba Segundo, su segunda hija, por lógica, tenía que llamarse Segunda. Madre sonrió con su sonrisa de ojos y besó a su bebé en la coronilla llamándola Secundina.

Llegó otro año malo, mis hermanos trabajaban todo lo que podían, padre apenas comía pues no había que comer, y si él tenía hijos era para cuidarlos, no para dejarlos morir de hambre. Madre se quedó de nuevo embarazada. El bebé no llegó a su tiempo.

Padre y los muchachos estaban sembrando en las tierras mientras madre arrancaba malas hierbas. Una de las veces que se agachó notó que el bebé, que apenas

llevaba en su vientre siete meses, caía a través de su vagina hasta el suelo árido. Era diminuto. Madre lo recogió del suelo y llamó a padre.

Padre mandó a los niños al otro lado del campo y cogió al bebé de los brazos de madre.

Estaba muerto.

Besó a su mujer en la frente, llamó a María para que la atendiera y mandó al resto de los niños con ellas a casa. Envolvió al bebé en una de las sábanas que había cosido madre y lo llevó al pueblo, a la casa del cura. Le bautizó con el nombre de Gabriel. Como el arcángel, para que cuando llegara al cielo, este le brindara su apoyo.

Un año después en las tierras que lindaban con nuestra casa apareció una familia. Madre se alegró de tener a alguien cerca con quien hablar. Pero a padre no le gustó el aspecto que tenían. No le gustó que su vecino frecuentara la taberna y jugara a las tabas en la calle, no le gustó la mirada que ella, la vecina, dirigía a mi madre cuando se cruzaban en la fuente. Pero ante todo, no le gustó que los niños vistieran sucios y con harapos mientras el padre tenía la camisa manchada de vino. Lo que tienes es para cuidarlo, si no, no lo tengas.

Pasados dos años madre volvió a quedar embarazada. Esta vez la tierra era fértil, igual que su vientre; en la mesa abundaba la comida. Mi hermano José tenía once años y era todo un hombre. Hacía casi el mismo trabajo que padre en el campo y Segundo no le andaba a la zaga. María y Secundina repartían su tiempo entre las tierras y la casa, ayudando a madre.

Ese otoño mi madre dio a luz mellizos. Niño y niña. Cuando mi padre fue a ponerles nombre mi madre sonrió y le dijo que ya tenían nombre. La niña se llamaría Victoria, la victoria de mi madre por llevarla más de siete meses en su vientre, y el niño Francisco, porque había rezado cada día a san Francisco por el término de su embarazo. Padre no discutió. Sonrió a su mujer y llamó a sus hijos mayores para presentarles a sus hermanos, Victoria y Francisco.

Pasaron los años, años buenos y años malos. Mis hermanos crecieron y mis padres siguieron amándose serena, callada y completamente.

Madre tuvo un nuevo embarazo, pero ya era mayor, dijo la comadrona, y el niño nació muerto. Padre le llamó Serafín, para que todos los ángeles lo acogieran cuando llegara al cielo.

Dos años más tarde nació yo. Madre se quedó embarazada en septiembre, cuando el otoño llama a la puerta. Padre temió por ella, la comadrona había dicho que madre era mayor hacía siete años. Ahora era demasiado tarde. Padre quería mucho a madre, una vida sin ella no era vida, y este embarazo le aterrorizaba, pero no dijo nada, madre quería un hijo y él nada podía hacer.

Y así, entre la incertidumbre y la ilusión, entre la esperanza y el desaliento, nació yo.

Madre dijo que cuando se puso de parto la visitó un ángel y le susurró al oído que no tuviera miedo, que su hija nacería sana, y así fue. Padre me llamó Visitación.

Padre dijo que Dios le había dado seis hijos robustos para ayudarlos en las tareas, que los quería con toda su alma, pero que a ninguno había podido disfrutar. José, Segundo y Francisco, en cuanto tuvieron apenas tres años, comenzaron a ayudarlo en el campo. María, Secundina y Victoria, apenas daban sus primeros pasos, aprendían a seleccionar la oliva, a lavar los platos, a barrer la casa, a coser la ropa...

Conmigo sería distinto, sería solo de padre.

Me iba a malcriar, a adorar, no iba a dejar que trabajara en nada, mi único cometido sería darle sonrisas de ojos sentada en su regazo.

Se equivocaba.

Mi cometido fue ser vestida como si fuera una muñeca por mis hermanas mayores, sentarme a la mesa a probar sus inventadas comidas, animar a mis hermanos cuando hacían carreras, poner cara de asombro cuando cazaban algún conejo a pedradas, sentarme en la cocina a oír cuentos cantados de la boca de madre, y, por supuesto, al llegar la noche sentarme en el regazo de padre y sonreírle con los ojos.

Cuando cumplí cuatro años padre habló con el cura y le pidió que me enseñara las letras. Su princesa tenía que saber leer.

Entonces, ella, la vecina, golpeó nuestra puerta y manchó el delantal blanco de mi madre con sangre.

3

MADRE

Justicia contra verdad

Padre regresaba aquel día del campo.

Como todos los días, caminaba tranquilo, cargado con los aperos de la labranza y la mente puesta en su casa, sus hijos, su mujer.

Al pasar la curva sobre la colina encontró al vecino sentado sobre una roca. Era raro, él, el vecino, jamás estaba en el campo a esas horas, cuando el sol se escapa y la luna lo persigue.

Padre se acercó, creyendo que había pasado algo. Él, el vecino, se levantó perezoso de la roca y se aproximó a padre. Padre extendió su mano para saludarlo con el apretón típico del campo. Él, el vecino, extendió su mano asiendo un cuchillo, no era grande, era un cuchillo vulgar, el cuchillo que usaría cualquier ama de casa en sus labores de cocina. Padre no lo vio. El cuchillo se hundió en su vientre bajo el ombligo y subió hasta tocar el esternón.

El cuchillo cayó al suelo, las tripas de mi padre se salieron de su cuerpo y la sangre manchó la tierra.

Ya había pasado la hora en que padre regresaba a casa. Madre estaba preocupada, y mandó a José y Segundo al camino para ver si había sucedido algo.

Algo había sucedido.

Segundo regresó a casa al cabo de un tiempo que no sería más de una hora, pero que a la familia se le hizo un año. Cuando madre lo vio saltar el murete de detrás, sin perder el tiempo en rodear la casa para entrar por la puerta, supo que algo había pasado. Se limpió las manos impolutas en su delantal blanco y corrió a la puerta que daba al corral.

La cara de Segundo estaba blanca, su camisa roja.

Madre no preguntó, vio la sangre que manchaba las ropas de su hijo y entró en la casa. Mientras Segundo hablaba, chillaba, diciendo que habían encontrado a padre en el camino, con el vientre abierto y la sangre fuera del cuerpo, madre, con su habitual serenidad, reunió las sábanas blancas que había cosido hacia tantos años, hilo y aguja. Llenó una bota de vino y un botijo de agua, mandó a María a buscar al cura, ordenó a Secundina que cuidara de mí, a Victoria que preparara la cama de padre para cuando llegara y a Francisco que trajera al médico del pueblo a casa. Luego le dio a Segundo

la bota llena de vino, hizo un hato con las sábanas y salió de casa. Corría muy rápido, con su andar reposado olvidado junto a las lágrimas.

Padre estaba muerto cuando madre llegó hasta él.

Y allí, en el mismo camino de tierra que tantas veces habían recorrido de la mano, madre se arrodilló junto al hombre por el que habría dado gustosa la vida y comenzó a prepararlo para su último viaje. No iba a permitir que nadie viera a su marido con la cara sucia y la camisa rota y manchada de sangre. A padre no le hubiera gustado. Él siempre se jactaba de su apariencia humilde pero impecable. Recogió con apacible serenidad las tripas que yacían desparramadas en el suelo y las colocó dentro del vientre de padre. Cosió piel con piel, usando la aguja y el hilo que utilizaba para hacer sus bordados; empapó sus sábanas blancas de novia con el agua del botijo y limpió cariñosamente la sangre que cubría las manos curtidas de su esposo. Manos que habían intentado contener la vida dentro de su cuerpo, sin éxito.

Luego madre mojó sus propias manos y lavó la cara de padre. Le besó en los labios una última vez y, con ayuda de José y Segundo, envolvió su cuerpo en el lienzo que había apartado para tal fin. Cuando padre tuvo la cara serena y el cuerpo limpio, madre mandó a Segundo a pedir el carro al cura, y a José a buscar a la ley. Cuando sus hijos se marcharon, se sentó con serena paciencia al lado de padre, su mano reposando en su cara, y su sonrisa de ojos muerta.

Yo estaba asomada a la ventana cuando vi bajar por el camino el carro del cura. Nadie había venido a casa a decirnos nada.

José y Segundo caminaban acompañados por un hombre que resultó ser el alguacil. El cura estaba sobre el pescante, guiando a la mula, y madre estaba atrás sentada al lado de un hato de sábanas, que resultó ser padre. María me apartó de la ventana y me llevó al cuarto que compartíamos las chicas. Me ordenó que permaneciera allí sin salir y se marchó, yo obedecí, no salí del cuarto, pero abrí un poco la puerta y a través de esa rendija observé.

José y Segundo llevaron el sudario que contenía el cuerpo de padre a su cuarto mientras María y Secundina miraban a Madre confundidas. Madre solo dijo una frase.

—El pollo trajo sangre.

Mientras madre contaba al alguacil lo sucedido por la mañana con la vecina, llegó a casa Francisco con el médico, pero tras hablar unas pocas palabras se fue.

Sus conocimientos no eran útiles en este caso.

Madre terminó de relatarlo todo, se despidió con un gesto de cabeza y fue a la alcoba de matrimonio para pasar su última noche con padre. Mis hermanos acompañaron al alguacil hasta el camino mientras mis hermanas atendían al cura, que se quedó acompañando a la familia hasta el día siguiente, en que todos fuimos al cementerio del pueblo. Allí, José, Segundo y Francisco ayudaron al sepulturero a cavar un hoyo en el que enterramos a mi padre acompañados por el sermón del párroco.

Madre no lloró, ninguna lágrima barrió sus ojos. Pero su sonrisa de ojos ya no estaba. De todas maneras, no tenía importancia, yo lloré por ella.

En aquella época tan distinta de la de ahora, cuando una mujer se quedaba sin marido, la vida se le volvía todavía más dura. Si además su marido moría de la manera que murió padre, la vida se volvía también injusta.

Los abuelos estaban muertos hacía tiempo y los hermanos de mi madre tenían sus propias familias de las que ocuparse. Madre estaba sola. Llamó a un abogado de un pueblo cercano y le contó lo sucedido con la esperanza de que algo pudiera hacerse; ese *algo* que reclamaba madre era justicia. Pero la justicia era ciega y pasó ante madre sin siquiera verla.

El abogado pretendía dinero, dinero que madre consiguió vendiendo tierras. El abogado pretendía pruebas, pruebas que la justicia ciega se empeñó en ignorar.

La justicia se llevó nuestros mejores campos, vendidos para pagar juicios y salarios, y acabó con la amistad ladina de la gente del pueblo, que no quería jaleos en sus tierras, pues decían que si padre estaba muerto y enterrado, ahí debería quedarse y su mujer debería buscarse otro hombre y dejar de mover las piedras, pues las serpientes salen cuando estas se remueven.

4

Familia

Al cabo de dos años apenas nos quedaba nada.

A las pocas tierras que aún eran nuestras las mató un invierno de heladas crueles. A mi hermano José se lo llevó aquel invierno un constipado mal curado. Tenía diecinueve años. Madre obligó a Segundo a trasladarse a Madrid y buscar allí un buen trabajo, no porque no pudiera darle de comer, que no podía, ni porque estuviese preocupada por sus correrías, que lo estaba. Lo mandó fuera de casa porque cuando se demostró que la justicia era ciega, Segundo quiso tomarla de su mano y madre temió encontrarlo, al vecino, muerto un día por mano de su hijo. Y temió que en ese asunto la justicia no fuera tan ciega como en el caso de padre.

Ya se sabe que cuando los hombres juegan y beben juntos se hacen amigos, y él, el vecino, jugaba y bebía con los poderosos del pueblo.

Ese año de hiel y tristeza María, Secundina y Francisco trabajaron incansables las pocas tierras que nos quedaban. Yo les acompañaba a veces.

Recuerdo aquel frío invierno.

Recuerdo que llevaba unos guantes con los dedos cortados.

Recuerdo los días gélidos del campo, con las uñas llenas de tierra y los dedos morados por el frío.

Hicimos todo lo que pudimos, pero la tierra no dio frutos. Las heladas se comieron las cosechas. María se fue a la capital, Segundo había encontrado un matrimonio anciano al que había que cuidar; le darían comida y alojamiento. En casa de madre sería una boca menos que alimentar. Tenía quince años. Nos quedamos los cuatro pequeños.

Al año siguiente María volvió al pueblo. Había conocido a un hombre en Madrid y este le había propuesto matrimonio. Se lo presentó a madre y a madre no le gustó.

Era un jugador y un bebedor. También un vago.

Madre se lo dijo a María, ella le dijo que los ancianos a los que servía habían muerto y que no tenía adónde ir; no encontraba casa en la que servir y no veía otra opción. Los padres de Manolo, su novio, eran gente de bien, podrían mantenerla aunque Manolo fuera un vago. Madre miró a María a los ojos y solo dijo una frase. Una frase que me acompañó toda mi vida.

—La cuchara que elijas será de la que comas.

María eligió la cuchara equivocada. Se casó con Manolo antes de que acabara el año.

Madre vendió la última de sus tierras el verano siguiente. Secundina y ella entraron a servir en la casa de los poderosos del pueblo. Francisco, Victoria y yo emigramos a la capital. Francisco comenzó a trabajar en una carpintería de un

hermano de madre y Victoria se convirtió en criada en una casa de ricos y, mientras, yo ayudaba a María, que estaba embarazada y a punto de dar a luz.

Yo tenía ocho años.

Madre no se quejó nunca de su situación y tampoco volvió a mencionar las circunstancias de la muerte de padre. Le llevaba flores a su tumba, no el día de su muerte, sino cualquier día que viera flores bonitas en el campo. Hablaba de él a sus nietos y con nosotros recordaba sus frases, sus sonrisas, los momentos vividos.

Jamás la vi llorar la muerte de padre.

Ni en ese entonces ni después dio muestras de tristeza o desesperanza.

Nos siguió cuidando desde la distancia y acogiéndonos en su casa y su corazón cuando volvíamos a ella. En el transcurrir del tiempo le pregunté muchas veces si echaba de menos a padre, si lo olvidaría algún día, y ella siempre respondía lo mismo.

—Mi vida aquí no es permanente, estoy de pasada, él me está esperando. No puedo echarle de menos porque no se ha ido, sé que volveré a verle. No puedo olvidarle porque mi corazón sigue latiendo y son sus latidos los que suenan. Sé que él me está esperando porque se ha llevado mi sonrisa de ojos y tu padre, como bien sabes, es un hombre de honor, jamás me dejaría sin mi sonrisa de ojos para siempre.

A veces pienso que madre vivió lo que le quedaba de vida esperando.

Esperando morir.

No es que buscara su muerte. No. Disfrutó de nosotros y de sus nietos, pero su mirada siempre se teñía de añoranza, como si supiera que la estaban esperando en otro sitio y tuviera ganas de llegar. Cuando murió muchos años después, lo hizo con una sonrisa, pero no con una de boca, de las que se pueden fingir. Murió con una de ojos, de las que no son mentira.

Señoras y curas

La casa en que vivía mi hermana María era una casa muy grande y también muy vieja. Las paredes estaban llenas de grietas y el frío penetraba en ellas lanzándonos cuchilladas en forma de ráfagas de aire cuando menos nos lo esperábamos.

El embarazo de María fue un buen embarazo, se le notaba el vientre hinchado, pero nada más. No sufría mareos ni náuseas, ni siquiera estaba más cansada de lo habitual, lo cual fue una bendición porque sus suegros resultaron ser gente acomodada a la que no gustó que su hijo eligiera a una pueblerina por esposa.

María era más la criada que la nuera.

Hacia el final del embarazo yo me ocupaba de todas las tareas de la casa. Recuerdo que lavaba y lavaba las camisas blancas del señor. Y las aclaraba cinco veces cadauna, porque la señora estaba vigilando y en cuanto las camisas estaban tendidas se acercaba a olerlas. Si olían a lejía, me obligaba a volver a aclararlas después de haberme dado en los nudillos con un palo plano como castigo por ser tan vaga.

Mis manos se cubrieron de sabañones, a la señora no le parecía bien gastar leña para calentar el agua.

A finales del año nació Manolín, en casa, con mi ayuda. María sintió contracciones por la mañana; siguió haciendo sus tareas hasta la tarde, entonces me pidió que la acompañara a su habitación, allí se acuclilló y me dijo que la sujetara por la espalda. Su rostro se contrajo, apretó un par de veces y Manolín salió. María se tumbó en la cama y yo le coloqué el niño en sus brazos, limpié toda la sangre del suelo y luego me encargué del bebé. Era un niño precioso, estaba rojo y cubierto de grasa, tenía el pelo negro y de punta, los ojitos abiertos y las manos cerradas en un puño. En uno de los pulgares tenía una pequeña ampolla, María dijo que eso era porque se lo habría chupado cuando estaba en su tripa. No sé si sería verdad.

La vida siguió con tranquilidad. Manolo, el marido de mi hermana, se olvidó de ella, lo cual fue un alivio. María siguió siendo la criada/esposa y yo la ayudaba en todo lo que podía. Manolo llegaba a casa un día borracho y al otro también, y la señora decía que su hijo se había echado a perder por culpa de mi hermana. Yo creo que su hijo no podía echarse a perder puesto que siempre había estado perdido.

Cuando cumplí once años, María me dijo que tenía que irme de la casa porque Manolo me miraba demasiado y le daba miedo. Así que me fui.

Mi hermana Victoria convenció a su señora de que yo era una buena niña, obediente y trabajadora y entré a servir con ella a cambio de alojamiento y comida.

Apenas si noté el cambio.

Yo creo que todas las señoras son iguales, no les gustaba gastar en agua caliente, no les gustaba el olor a lejía y me hacían trabajar desde el amanecer hasta el anochecer. Supongo que era lo normal.

La nueva señora era de alto copete, de las que visten de encajes, llevan crucifijos de oro y comen huevos con patatas todos los días. De las que tienen mucho por fuera y muy poco de puertas para dentro. La nueva casa en la que servía era muy grande, con largos pasillos apenas iluminados, suelos de madera tan arañados que si caminabas descalza te clavabas astillas, chimeneas enormes sin leña y habitaciones de techos altísimos imposibles de calentar. Victoria y yo dormíamos juntas en el cuartito que había bajo la escalera, acurrucadas una contra la otra en un pequeño colchón para darnos más calor. Aunque tampoco servía de mucho.

Algunas noches escuchaba al señor dar alaridos como si fuera un alma en pena. Le sentía recorrer los pasillos mascullando palabras inconexas y llamando a personas inexistentes. Esas noches Victoria se levantaba de la cama ordenándome permanecer quieta y callada mientras iba a buscar al señor para llevarlo de vuelta a su cuarto. A veces volvía enseguida, otras no regresaba y yo la encontraba al alba, inclinada sobre el horno, preparando el pan con manos temblorosas mientras en la cocina de leña varias ollas llenas de agua hervían a fuego lento. Entonces yo la ayudaba a transportarlas hasta la habitación de los señores y llenaba con ellas una bañera blanca de hierro fundido. Esos días eran los peores.

El señor estaba loco. O tal vez lo había vuelto loco su esposa, no lo sé.

Cuando comenzaba a gritar y a golpear las paredes, la única manera de calmarlo era metiéndolo en una enorme tina de cobre con agua fría y cuando comenzaba a tiritar, cambiarlo a la bañera llena de agua hirviendo. La piel se le ponía roja, se le descamaba y los ojos se le hinchaban tanto que parecía que iban a salirse de las órbitas. Gritaba y pateaba mientras la señora y Victoria lo sujetaban y yo le derramaba el agua hirviendo por todo el cuerpo. A mediodía estaba tan agotado de luchar que caía en un sueño profundo del cual despertaba totalmente ido. No hablaba, no miraba, solo se sentaba en su sillón orejero y se dejaba ir.

Se orinaba encima, se defecaba encima, se le caían las babas por la comisura de los labios. Mi hermana y yo lo atendíamos, le dábamos de comer y lo manteníamos aseado, hasta que inevitablemente una noche cualquiera, y sin ningún motivo aparente, volvía a gritar y a recorrer desnudo los pasillos, y, entonces, todo comenzaba de nuevo.

No diré que vivía mal en aquella casa, porque estaría mintiendo. Trabajaba duro, pero no pasaba demasiado frío ni demasiada hambre. La señora era una persona piadosa, iba a misa cada domingo, hacía donativos a la iglesia y nos obligaba a rezar cada noche ante la cruz de madera del salón en la que Jesucristo Nuestro Señor colgaba clavado de manos y pies.

Mi patrona, como señora de bien que era, tenía un padre confesor que iba a visitarla todas las semanas a la casa. Este hombre era en realidad el cura de la iglesia,

pero como la señora tenía mucha clase no permitía que la visitaran simples curas, por supuesto que no, eso sería una bajeza propia de los pobres. Tampoco consentía en confesarse en el confesionario, de rodillas y arrepentida, como el resto de la plebe. No. Ella recibía al padre confesor en el salón de su enorme y fría casa mientras Victoria y yo les servíamos café y pastas. Y cuando nos retirábamos, ella se confesaba cómodamente sentada en su mullido sillón a la vez que le daba donativos con los que perdonar sus pecados.

Un día la señora ordenó que Victoria y yo nos confesáramos con el padre confesor. Dijo que hacía mucho frío y que de esa manera nos ahorraríamos salir a la calle y constiparnos... y de paso ella nos tendría toda la mañana fregando los suelos de rodillas, esto último, por supuesto no lo dijo en voz alta, pero yo lo entendí perfectamente. A Victoria no le gustó nada, había quedado con su novio y si tenía que quedarse en casa sus planes se desbaratarían. Despotricó delante de mí, aunque frente a la señora se deshizo en alabanzas por su generosidad. No merecía la pena tentar al diablo.

Cuando nos llegó la hora de confesarnos me avisó de que no le dijera nada al cura, no se fiaba de él. Yo tenía escasos doce años e inocentemente le respondí:

—¿Por qué? Si es cura, lo que le diga será secreto de confesión.

¡Ay! Si yo hubiera sabido entonces lo que sé ahora.

Cuando llegó mi turno entré en el salón sintiéndome intimidada, pero el padre confesor me sonrió amablemente con sus ojos azules y me tranquilizó. Estaba sentado en una silla frente al ventanal; me ordenó correr los visillos y arrodillarme frente a él. Yo así lo hice. Separó un poco sus rodillas y me pidió que me acercara más a él, su oído no era tan bueno como cuando era joven. Yo obedecí.

Cuando estuve postrada frente a él, entre sus piernas, con las manos unidas en posición de rezo, él me las cogió entre las suyas y las colocó sobre su regazo.

—Oremos —ordenó.

Yo incliné la cabeza y comencé a rezar un avemaría. Siempre me ha gustado esa oración, siento a la Virgen cercana a mí, una mujer que ha sufrido y amado, que ha enterrado a sus seres queridos igual que yo.

—¿Has pecado, hija? —me preguntó él.

—Sí, padre —respondí. Mi hermana me había advertido de que tenía que contarle algún pecadillo sin importancia para que se quedara contento—. Ayer durante el desayuno cogí una galleta que no era mía y me la comí.

—Robar es pecado. ¿Estás arrepentida?

—Sí, padre.

—¿Hay algún pecado más que tengas que confesar, hija mía?

—No, padre. —Lo cierto era que no había cogido la galleta, era imposible robar nada con la señora siempre presente. Tampoco se me había ocurrido inventarme otro pecado, así que en ese momento me quedé en blanco.

—¿Estás segura, hija? —me instó.

—Mmm, sí, padre —respondí desesperada mientras buscaba sin cesar una falta que pudiera complacerle. Sus ojos me miraban recelosos, furiosos incluso. Pero a mí no se me ocurría otro pecado que contarle.

—¿Te miras al espejo, hija?

—Sí, padre.

—La vanidad es un pecado capital, hija.

Yo lo miré asustada, no sabía que mirarse al espejo era pecado.

—Los pecados capitales nos mandan directamente al infierno. Deberás confesarte y arrepentirte sinceramente de tu vanidad.

—Sí, padre. —¿Al infierno? ¡Yo no quería ir al infierno! Era un lugar maldito y horroroso, habitado por demonios que hacían cosas malas a la gente. Además, mis hermanos y mi padre estaban en el cielo, yo quería ir con ellos. Estaba aterrorizada.

—Dime cómo lo haces, confiesa, arrepiéntete y serás perdonada —ordenó al ver que yo no decía nada más.

—¿Cómo hago qué, padre?

—Cómo te miras al espejo. —Sus manos sujetaban las mías dándoles consuelo, sus dedos acariciaban mis muñecas mientras yo temblaba de miedo ante la posibilidad de ser pecadora.

—Me miro al espejo por las mañanas mientras me arreglo el pelo —confesé entre lágrimas.

—¿Qué más?

—Me coloco el flequillo en caracolitas sobre la frente, como Pastora Imperio —declaré aturdida, no podía creer que eso fuera pecado.

—¡Mientes! ¡Confiesa ahora o irás al infierno! —exclamó apretándome las manos con fuerza y colocándolas sobre algo duro que había en su regazo, bajo su sotana.

—No sé qué confesar, padre —me sinceré con él.

—Te desnudas delante del espejo —susurró.

—No, padre —respondí confusa. ¿Para qué iba a hacer eso? ¡Qué tontería!

—¡Lo haces! ¡No mientas, pecadora! —bramó con fuerza mientras sus manos sujetaban las mías moviéndolas arriba y abajo de la cosa dura de su regazo.

—Sí, padre —respondí asustada, si él lo ordenaba, yo me inventaría el pecado, lo que fuera con tal de que me soltara.

—Lo sabía —siseó entre dientes—. Miras tu cuerpo desnudo ante el espejo —sentenció.

—Sí, padre. —No pensaba llevarle la contraria en absoluto. Era muy amigo de la señora, si se enfadaba conmigo lo mismo esta me despedía. Mejor asentir y callar... y además... me estaba empezando a dar mucho miedo.

—Y mientras te miras, te acaricias íntimamente —aseveró.

—¿Íntimamente? —¿Cómo se hacía eso?

—Acaricias tus genitales y tus pechos y disfrutas con ello —aseveró mientras apretaba mis manos contra su regazo. Y justo en ese momento presentí qué era lo que estaba duro allí. Lo mismo que se le hinchaba al señor cuando caminaba alocado y dando alaridos por los pasillos en la noche.

—¡No! —respondí levantándome de golpe y separándome de él—. Yo no hago eso. Es mentira.

—¡Llamas mentiroso a un siervo de dios!

—¡Yo no hago eso! —volví a exclamar. Todo mi cuerpo temblaba. Mi hermana me había ordenado que no le llevara la contraria al cura, pero no era capaz de someterme a esos embustes.

—¡Pecadora! ¡Arderás en el infierno! —gritó yendo hacia mí.

Sus manos me agarraron por los hombros, acercándome a él, haciendo que todo mi cuerpo quedara pegado contra el suyo. Yo me debatí y grité, le empujé y golpeé hasta que de repente se abrió la puerta. La señora y Victoria estaban en el umbral mirándome como se mira a una loca. Me deshice del agarre del cura y escapé del salón. Mi hermana me siguió con los ojos llenos de miedo y las manos temblando dentro de los bolsillos de su delantal.

Esa misma noche me presenté ante la puerta de mi hermana María. Llevaba mi hatillo con mis dos vestidos y mi ropa interior. María me miró en silencio mientras yo entraba abatida en su casa, no preguntó nada, mi hermana Victoria había mandado recado explicándoselo. Me llevó sigilosamente hasta el altillo del desván. Allí me ocultó esa noche.

Al día siguiente por la mañana, antes de que Manolo se despertase de la borrachera, abandoné la casa con lo puesto. Victoria, consciente de que el marido de María iba a ser aún más peligroso que el cura, mandó un recado con el niño limpiabotas antes del alba; había un lugar donde quizá me aceptarían.

«Con la Iglesia hemos dado, amigo Sancho», esta frase la escribió don Miguel de Cervantes Saavedra hace muchos siglos. Yo sé que este era un hombre con cultura, un hombre que sabía utilizar todas las letras y escribirlas correctamente formando palabras. También sé que apenas si sé escribir y que por tanto es mala cosa que una ignorante como yo se adueñe de esas palabras tan magistralmente escritas.

«Con la Iglesia me topé», eso fue lo que pasó. Ni más ni menos. Inculta como era —como soy— topé con un diablo vestido de ángel y perdí mi trabajo, mi techo y mi pitanza. También perdí mi fe en los hombres y sus instituciones. Sigo creyendo en Dios; mis padres y mis hermanos están con Él, pero no puedo creer en sus abogados. Son malvados.

Pasarían muchos años antes de que volviera a pisar una iglesia o acercarme a un cura. Y lo hice únicamente porque me fue imposible convencer a mis hijos de que se

casaran por el juzgado. Al menos mi nieta Sara me ha escuchado. Ella odia a los curas tanto como yo... o más.

6

Dos dioses

La casa a la que mi hermana María me mandó a servir era más pequeña que las anteriores.

Era un pequeño hogar en la plaza de la Paja situado en la entreplanta del edificio.

Subí las escaleras agarrando mi hatillo con ambas manos mientras mi corazón se deslizaba por mi garganta impidiéndome tragar y casi respirar. Me miré los pies, mis zapatos estaban limpios. Observé mis manos, las uñas estaban recortadas y blancas. Miré mi ropa, me quedaba algo corta y estrecha, tenía remiendos y la tela estaba pasada en algunos lugares, pero aparte de eso estaba limpia y sin arrugas que era lo principal.

Si alguien va buscando trabajo vestido con su traje de los domingos, el patrón pensará que es demasiado exquisito para trabajar, eso es lo que decía siempre padre. Cuando se va a buscar trabajo, se va vestido para faenar, con la cabeza alta y la mirada serena, sin nada que ocultar, y la boca bien cerrada para no preguntar lo que puede sentar mal.

Llamé con el puño a la puerta y esperé.

Me abrió una señora anciana, empuñaba un bastón en una mano mientras con la otra recorría el dintel de la puerta. Sus ojos estaban lechosos, como si una nube le tapara el iris, su cara era un mapa arrugado y su pelo blanco escaseaba en la coronilla.

—¿Quién eres?

—Soy la Visi, señora. Me manda mi hermana Victoria.

—Me han dicho que te has peleado con el cura —dijo la señora chasqueando la lengua.

—Sí, señora. —No tenía sentido mentir.

—Resulta que la mocosa es honrada —murmuró entre dientes para ella misma—. A mí tampoco me caen bien los curas. Entra.

Entré en la casa algo asustada, siguiendo a la señora que se dirigió, tocando las paredes, hasta una habitación pequeña y mal iluminada por una diminuta ventana que daba a un patio interior. Me dijo que colocara las cosas en el armario y que cuando hubiera acabado me reuniera con ella en la cocina.

Así lo hice.

Esa tarde fregué los suelos de rodillas, limpié las ventanas y cociné la cena. La señora no dijo nada, permaneció sentada en su sillón y cuando acabé cabeceó satisfecha; se quedaba conmigo, luego me explicó cuál sería mi cometido en la casa: obedecerla. Ni más ni menos.

La casa era pequeña, tenía dos habitaciones, un pequeño salón y una cocina bastante grande con una enorme pila. A no ser que la señora fuera algo retorcida, y no

lo parecía, el trabajo no sería demasiado duro. Por tanto yo también cabeceé satisfecha.

Mi nueva señora no era de alto copete como las otras, ni tampoco rica; aunque las otras no eran ricas, solo lo parecían. Estaba casi ciega y yo enseguida me convertí en su lazarillo. La acompañaba al mercado de la plaza de la Cebada a comprar. Lavaba la ropa y los platos en la pila de piedra de la cocina mientras ella se sentaba en la silla, frente a la mesa, y desgranaba guisantes y judías verdes. Yo fregaba de rodillas los gastados suelos con agua caliente y amoníaco mientras ella recorría los pasillos guiándose con una mano apoyada en las paredes, a la vez que con la otra sacudía el largo plumero en los techos. Y, aunque pueda parecer mentira, a veces pienso que mi señora, aun estando ciega, veía las telarañas, porque su brazo tembloroso alzaba el plumero una y otra vez contra las esquinas librándonos de tan asquerosos bichos. Otras veces aprovechábamos el aceite usado, lo mezclábamos con sosa y hacíamos un jabón estupendo con el que lavar los platos y nuestros cuerpos. Las tardes de invierno nos sentábamos en el salón y mientras la señora hacía ganchillo de forma mecánica, me iba contando historias de su infancia.

Todas las noches, antes de acostarme, mi última tarea era deshacer el trabajo hecho con el ganchillo, devanar de nuevo el hilo y colocarlo en la caja de costura.

Los años en esa casa trascurrieron como cuando no es verano ni invierno, sin pasiones ni discusiones, tranquilos, sin sobresaltos, sabiendo cada día lo que depararía el siguiente. Mi hermana Victoria se casó con su novio y abandonó la casa del señor Loco y la señora Aparente. María siguió casada con Manolo. Francisco siguió siendo carpintero y el resto de mis hermanos se fueron perdiendo en la distancia, unos fueron al norte a las grandes fábricas del País Vasco, otros simplemente se marcharon para hacer compañía a padre y a los hermanos que con él estaban.

Todos los domingos mi señora me daba media mañana y la tarde libre, me decía en broma que pasara por la iglesia y le viera la casulla al cura. Jamás lo hice. Sé que las vecinas curioseaban a mis espaldas y se persignaban por mi herejía, pero a mí me daba lo mismo. Al fin y al cabo no planeaba casarme con ningún vecino, por tanto bien podían hablar mal de mí, que a mí plim.

Aprovechaba mi día libre para reunirme con mis hermanas en casa de Victoria. Allí, frente a una mesa redonda, poníamos un tapete tejido por María y, mientras jugábamos al cinquillo, nos íbamos contando nuestras cosas a la vez que bebíamos de a poquito una botella de anís. Eran unas tardes especiales, en las que dábamos rienda suelta a nuestras lenguas dejando salir unas veces nuestra rabia, otras, las menos, nuestras alegrías. El tiempo continuó su devenir, pasando ante nuestros ojos con intangible celeridad, ignorando nuestras súplicas para que se detuviera y nos dejara disfrutar de una vida que en ese tiempo no sentíamos como propia. Yo seguí sirviendo a mi señora con empeño y, por qué no decirlo, con cariño. Victoria dejó de trabajar, se casó y tuvo sus hijos, y María continuó obedeciendo las órdenes de sus

suegros y aguantando las borracheras de su marido que con el tiempo se hicieron más frecuentes. Y también más violentas. Aunque no lo tuvo que aguantar mucho tiempo.

Quizá mi hermana era tan dulce que Dios le dio una salud frágil para que fuera pronto a hacer compañía a padre y a mis hermanos en el cielo.

* * *

Siempre he creído que hay dos dioses: el dios del Nuevo Testamento, ese dios descuidado y olvidadizo que nos deja a nuestro libre albedrío para que cometamos un error tras otro. El que nos mira desde el cielo y se ríe de nuestras ocurrencias. Un dios lejano que nos observa como el que mira una obra de teatro, uno que no tiene representante en la Tierra porque prometió dejarnos libres.

En ese dios es en el que yo creo, el que acompaña a mi familia en el cielo y juega a las cartas con padre mientras Madre cocina con su delantal blanco.

Luego está el otro, el dios de la Iglesia, el que crea reglas que sabe que no seguiremos para tener la excusa de enfadarse y mandarnos el diluvio universal o quemarnos como hizo con Sodoma y Gomorra. El que dicta detalladas listas de los pecados que no debemos cometer con la única intención de hacernos caer en la curiosidad y cometerlos. El que dice: ¡No matarás! Y manda a sus creyentes a las cruzadas. El que dice: ¡No mentarás! Y nos dice que si somos buenos iremos al cielo, pero luego permite que en el Apocalipsis escriban que solo 144.000 personas oirán su canto y que además serán aquellas que no sean mujeres ni hayan tenido contacto alguno con mujer... Bueno, yo soy mujer, así que más me vale no creer en él ni pasar por sus sacramentos, porque no le veo la gracia a estar con un ojo puesto en lo que haces para luego no ir al cielo. El que dice: ¡No robarás! Pero no se molesta en averiguar si los pobres tenemos suficiente comida para vivir. También es el que dice: ¡No desearás a la mujer de tu prójimo! Pero no pone objeciones a que David —sí, el que venció a Goliath— se encaprichara de Betsabé, la mujer de su general Urías, y aprovechara que este estaba participando en una batalla, para conocerla —bíblicamente—. Un dios que tampoco se enfadó cuando, como resultado, ella se quedó embarazada y la solución de David fue mandar a Urías a primera línea de combate —con la orden de que lo abandonaran allí— para que muriera y así poder casarse con ella. ¡Vaya con el elegido del señor!

Es ese un dios cruel y vengativo que permite que la Iglesia dicte normas y nos asuste con el infierno si no las cumplimos. Que nos vigila atentamente en busca de cualquier error con el que luego mortificarnos.

Dicen las Sagradas Escrituras que ese dios nos hizo a su imagen y semejanza, yo no creo en él, pero a veces, cuando veo a la gente mala hacer cosas malas, cuando veo la envidia de un amigo hacia otro, la lujuria de un marido hacia la mujer de otro hombre, la furia del que se pelea... Entonces pienso si no será ese el dios verdadero, el dios furioso, lujurioso y envidioso que depositó en los humanos sus pecados para poder atormentarlos y divertirse con ellos. Pero no. Yo sé que el dios verdadero es en

el que yo creo, el que no tiene iglesia ni normas ni pecados. El que nos deja a nuestro libre albedrío y no se hace responsable de nuestros errores.

Cuando los domingos, bien entrada la tarde, regresaba a casa de mi señora, le refería las cosas de mi familia y ella se reía conmigo, o quizá de mí, ya que casi siempre regresaba con la lengua más suelta de lo que debería. También le hablaba de mis dos dioses. Ella me escuchaba con atención y negaba.

—Dios está muerto, los curas lo han matado —decía.

Y lo mismo tenía razón.

Esquinas y vestidos

Con el correr de los años la señora dejó de bajar conmigo a comprar al mercado, apenas veía y como confiaba en mí, me mandaba a los recados.

Todos los lunes y jueves por la mañana recorría las calles con mi vestido ajado y mi cesta de paja, ensimismada en mis pensamientos. Siempre hacía el mismo trayecto, de casa al mercado y del mercado a casa. Caminaba presurosa por la acera y doblaba la esquina al llegar a la plaza de la Cebada.

El día que cumplí dieciséis años mi señora me regaló un vestido de domingo. Era mi primer vestido de domingo y yo estaba eufórica. Tenía dos vestidos para la semana, uno azul y otro marrón, y aunque siempre estaban limpios y bien remendados, a mí me hacía mucha ilusión tener un vestido especial. Era estampado. Mi primer vestido estampado. Tenía florecitas azules bordadas sobre un fondo azul más claro. Estaba preciosa con él aunque fuera pecado pensarlo... Pero al fin y al cabo yo no creo en los pecados, ¿no?

Era un vestido muy decente, con un escote alto que marcaba el busto y un cinturón del mismo azul que las flores ciñendo mi cintura. Mi señora me dijo que esperara al domingo para ponérmelo y que me vieran guapa mis hermanas, pero yo, vanidosa como era, no quise esperar y me lo puse el jueves cuando fui al mercado.

Parecía un pavo real.

Balanceaba las caderas al andar, con la cabeza muy alta y las manos sujetando nerviosa la cesta. Me parecía como si todo Madrid estuviera mirándome.

Cuando doblé la esquina de la plaza de la Cebada alguien silbó. Yo me di la vuelta extrañada y vi a un joven apoyado en la pared de la esquina fumando un pitillo. Me miró, me guiñó un ojo y sonrió.

—Estás muy guapa hoy con tu vestido nuevo —me dijo.

—¿Y cómo sabes tú que es nuevo? —pregunté muy chula. ¡A mí con piropos!

—Porque es la primera vez que te lo veo puesto —contestó él, muy ladino.

Yo alcé aún más mi barbilla y miré al frente. ¡A mí me la iba a dar con queso!

—No te enfades, guapa —dijo en voz alta cuando doblé la esquina—. No digo que estés fea con los otros dos vestidos, pero el azul te queda corto y el marrón tiene muchos remiendos. Con este estás más guapa que los mismos ángeles.

¡Anda mi madre! ¿Y cómo sabía este que yo tenía esos vestidos? Aceleré el paso y no volví la cabeza. No estaba yo para que me contaran cuentos, tenía que hacer la compra y me había entretenido mirándome en los escaparates, así que ya iba tarde.

Compré en el mercado sin que dejara de rondarme por la cabeza el muchacho del cigarro y, cuando regresaba, por el mismo camino que a la ida, al doblar la esquina presté atención. Allí estaba él, liándose un pitillo. Sonrió al verme y volvió a silbar.

Yo miré para otro lado y sujeté fuerte la cesta. Al llegar a casa le conté a mi señora lo que había pasado y ella se rio.

—Ya te dije que no te pusieras el vestido nuevo para ir al mercado. Te ha salido un admirador.

Puede que sí o puede que no. Pero ingenua e inocente como yo era, no hacía más que pensar que lo mismo el admirador ya lo tenía y no me había dado ni cuenta, porque... ¿Cómo sabía él cómo eran mis otros dos vestidos? La única solución que se me ocurría era que hubiera estado en la esquina más días, y que yo, despistada como era, no lo hubiera notado.

El domingo cuando fui a casa de Victoria —con mi vestido nuevo— me fijé muy mucho en todo el mundo, pero el joven no estaba. Suspire y decidí olvidarlo.

El lunes me puse mi vestido azul, que, por cierto, no me quedaba tan corto. Aun así, y sabiendo que era gastar dinero a lo tonto, hice un querer y saqué unos pocos de mis ahorros de la media de debajo del colchón para ver si podía comprar una bata nueva en el mercado. Me estaba volviendo vanidosa, lo sé, pero era joven y los ahorros están para gastarlos.

Salí de casa mucho antes de la hora habitual, estaba deseando pasar por la esquina de la plaza de la Cebada a ver si había alguien esperándome. No había nadie.

Cuando llegué al mercado apenas si acababan de abrir los puestos, así que tuve que esperar un ratito para poder elegir las viandas que la señora me había mandado. En cuanto acabé, volví a casa desilusionada y mirando ensimismada al suelo. Ni siquiera me había comprado la bata nueva, ya no me hacía ilusión.

—Si encontrara una rosa de color azul, no sería tan bonita, porque bonita eres tú.

Me quedé petrificada en mitad de la acera al oír el piropo.

Acababa de doblar la esquina de la plaza de la Cebada y allí estaba él con el cigarrillo en los dedos y la mirada divertida.

—Hoy has pasado antes —dijo—, no me hagas trampas con el tiempo que me paras el corazón, guapa.

Empecé a caminar de nuevo sin dignarme a contestarle. ¡Para piropos estaba yo!

No me molesté en mirar atrás y en el momento en que entré en casa se lo conté a la señora, esta volvió a reírse y me preguntó si había comprado la bata nueva. ¡Anda, pues no! ¡El jueves tendría que ponerme el viejo vestido marrón otra vez! Por ningún motivo me pondría el de los domingos.

El jueves fui al mercado a mi hora, no por nada, o quizás sí, da igual. Fui a mi hora y punto, no voy a dar más explicaciones. Llevaba mi vestido de los domingos. El marrón lo había lavado el día anterior y el azul no estaba planchado. La señora se rio cuando le dije la ropa que llevaba puesta, según ella era la primera vez en cuatro años que no tenía el vestido del día, ya fuera marrón o azul, en perfectas condiciones. ¡Pues vaya! Seguro que me había pasado alguna otra vez, ¿no? Un despiste lo tiene cualquiera, ¿verdad? Porque lo que tenía muy claro, transparente, era que no llevaba el vestido de los domingos por el joven de la esquina. ¡Por supuesto que no!

Palpé en mi bolsillo los cuartos para adquirir la bata y decidí que ese día la compraría sin dudarlo. Me hacía mucha falta. No podía ir siempre con la misma ropa... aunque llevara toda la vida haciendo eso mismo. Al acercarme a la esquina de la plaza de la Cebada, miré fijamente al suelo y crucé a la otra acera porque en la sombra hacía frío y quería ponerme al sol, o al menos eso me dije a mí misma en ese momento. Aceleré el paso. Llevaba prisa.

—¡Ve por la sombra, hermosura, que el sol derrite los bombones!

Mi corazón dio un vuelco. Allí estaba, con su sonrisa ladina y sus manos de largos dedos sujetando un pitillo. No era muy guapo. O bueno, a lo mejor sí. Tampoco me fijé mucho. Por supuesto, no crucé la acera. Continué mi camino sin prestarle atención. Compré rápidamente en el mercado las viandas y la bata y volví a casa de la señora. Por la acera del sol.

—Cuando te vi venir le dije a mi corazón: vaya una piedra bonita para dar yo un tropezón.

Allí estaba otra vez. Lo miré de refilón, como quien no quiere la cosa, y me fijé un poquito de nada en su aspecto, más que nada para ver si iba limpio y arreglado. No era cuestión de tener un pretendiente desaseado.

Era rubio, con el pelo bien cortado y peinado, y un poco más alto que yo. Tenía un hoyuelo en la barbilla y en las mejillas no se veía asomo de barba; eso me gustó. Vestía unos pantalones grises gastados por los lavados y una camisa blanca, impoluta y bien planchada. Llevaba unos protectores de tela negra en las mangas, como esos que llevan los amanuenses para no mancharse de tinta. Me fijé en el establecimiento que quedaba a sus espaldas. Era una imprenta. Luego giré la cabeza muy digna y volví a mirar al frente. ¡No estaba el horno para bollos!

Al llegar con mi señora le conté lo sucedido y ella apuntó que lo mismo el muchacho trabajaba en la imprenta. Seguro que sí, pensé yo para mis adentros, ya que si alguien me pretendía, no iba yo a tener la mala suerte de que fuera un vago, ¿no?

El domingo fui a casa de mi hermana, nadie esperaba para piropearme en el camino, aunque tampoco tenía por qué haber nadie, ¿no?

El lunes me puse la bata nueva y fui al mercado caminando deprisa por la calle. Estaba enfadada. Muy enfadada. Muchos piropos entre semana y el domingo que tenía el día libre, ni se molestaba en encontrarse conmigo, claro que... los domingos yo no pasaba por la esquina de la plaza de la Cebada. Pero aun así, no estaba dispuesta a que me dijeran piropos para pasar el rato de descanso en el trabajo.

A esas alturas yo ya había decidido en mi cabeza que el muchacho trabajaba en la imprenta y que las horas a las que yo pasaba era cuando él salía a fumarse el pitillo y comerse el almuerzo. ¡Y el muy ladino piropoaba a cualquier chica que pasara por delante! ¡Seguro! ¡Pues había dado con la horma de su zapato!

Al llegar a la esquina de la plaza de la Cebada alcé mucho la barbilla, puse la espalda muy recta y apreté los labios, si estaba allí, no le pensaba hacer ni caso.

—¡Ahora resulta que las estatuas andan!

Giré la cabeza, lo miré altiva, arqueé una ceja, apoyé las manos en las caderas y esperé.

—Si la Venus de Milo tuviera unos brazos así yo te aseguro, guapa, que no los hubiera perdido —dijo guiñándome un ojo.

Bajé inmediatamente las manos de mis caderas y emprendí de nuevo el camino al mercado.

¡Menudo patán!

Durante un par de meses cada vez que pasaba por la esquina de la plaza de la Cebada él me lanzaba algún piropo. Yo al principio lo miraba de refilón y seguía mi paso, pero con el correr de las semanas me encontré parándome ante él cuando me hablaba y sonriéndole un poco, aunque eso sí, jamás una palabra salió de mis labios. ¡Anda ya! No creería ese zoquete que le iba a dar alas solo porque me decía cosas bonitas, ¿no?

—Guapa, si la belleza pagara impuestos tus padres estarían arruinados —exclamó una vez.

—Señorita, al andar derrama usted tanta sal, que los que vamos detrás nos volvemos mojama —exclamó otro día en que, a lo mejor, yo movía en exceso las caderas.

—Mírame un poco que me estoy muriendo de frío —comentó un día en que yo decidí no mirarlo.

Lo cierto es que poco a poco le iba tomando confianzas y esperando sus palabras.

El último jueves de octubre volvía del mercado cargada con mi compra, como de costumbre, cuando comencé a caminar lentamente al llegar a la esquina de la plaza de la Cebada, no por nada, simplemente estaba cansada.

Él estaba allí pero no llevaba puestos sus sempiternos brazaletes de impresor sino una chaqueta ajada con coderas y un sombrero de fieltro ladeado sobre su cabeza. Me extrañó verlo así, era la primera vez que lo veía vestido de paseo y no de trabajo, lo miré extrañada y él sonrió.

—Niña, no me mires que me abrasas —dijo acercándose a mí presuroso.

Yo me asusté y comencé a caminar más rápido, pero él acompasó su paso al mío y cogió la cesta con los recados de mis manos. No dije nada y él tampoco, caminamos uno al lado del otro, manteniendo las distancias decentemente hasta llegar a la plaza de la Paja. Me paré ante el portal de la casa de mi señora y lo mire sin saber qué decir. Tenía la cesta con las compras y no parecía muy decidido a devolvérmela. Me miró resuelto antes de tendérmela. Yo fui a cogerla y él aprovechó para tomarme la mano y llevarla a sus labios. ¡El muy tarambana me estaba dando un beso en los nudillos! Sentí que me ponía roja como un tomate.

—Voy buscando la ternura como quien busca la luz. ¿Para qué busco yo tanto si la ternura eres tú? —dijo sin separar los labios de mi mano, mirándome muy

fijamente. ¡Tierra, trágame!

Luego dejó que mi mano tomara la cesta, sonrió levantándose el sombrero con dos dedos, se dio media vuelta y se fue silbando.

El domingo por la mañana me puse mi traje de salir y me despedí apresurada de la señora, estaba como loca por ir a casa de mi hermana Victoria para contarle lo que había pasado. Bajé casi corriendo las escaleras del portal y salí pronta a la plaza. Enfilé directa a los Jerónimos sin pararme a pensar en nada más.

—Si verte fuera la muerte, y no verte fuera la vida, prefiero morir y verte, que no verte y tener vida.

Me quedé petrificada en mitad de la plaza, allí estaba él, vestido de domingo como yo, con sus pantalones marrones y su chaqueta raída, con su sombrero entre las manos y la sonrisa en los labios... y en los ojos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté antes de acordarme de que me había prometido a mí misma no dirigirle la palabra.

—Esperarte.

—¿Cómo sabes que los domingos tengo libre? —volví a preguntar aturullada, era la segunda vez que le hablaba y jamás le había contado nada de mis cosas.

—No lo sabía. ¿Adónde vamos? —preguntó él, muy ufano.

—Yo voy a ver a mi hermana, usted sabrá dónde va —respondí yo acordándome de tratarle de usted para mantener la decencia y las distancias.

—Voy donde vaya mi corazón —contestó sonriendo a la vez que se colocaba a mi lado y ahuecaba el codo para que me cogiera a él. No lo hice, por supuesto.

Comencé a andar muy segura de mí misma, sin mirar para ver si me seguía, mas no miré porque no me hacía falta. Estaba a mi lado con el sombrero encasquetado en su cabeza y una sonrisa enorme en los labios. Durante el recorrido hasta los Jerónimos no hablamos ni nos tocamos, pero lo sentía muy cerca de mí. ¡Válgame el cielo!

Al llegar a casa de Victoria me giré hacia él, no sé bien por qué ya que no tenía ninguna intención de despedirme. Lo miré un segundo y luego entré en el portal con el corazón acelerado. Les conté a mis hermanas todo lo sucedido, y mientras Victoria se mostró fría y reservada, María estaba entusiasmada. La visita fue un poco más corta de lo normal, aunque el anís corrió por los vasos como siempre. Me despedí de ellas cariñosamente y bajé despacio las escaleras del portal. Abrí la puerta con cuidado y asomé ligeramente la cabeza mirando a ambos lados de la calle. No vi a nadie. Desilusionada, salí del portal.

—Por ti, mi alma, sería yo capaz de cruzar a nado el estrecho, soñando con tus miradas y rogando por tus besos.

Me sobresalté al oír el piropo. Allí estaba él, apoyado en el lateral del portal, casi oculto por el dintel de madera de la entrada. Esperándome. ¿Había estado allí todo el tiempo? No me lo podía creer.

Cuando se acercó a mi lado y ahuecó su codo, yo me así a él.

Un hombre que era capaz de esperar de pie a que yo apareciera sin importarle el tiempo que tardara, se merecía por lo menos un paseo agarrado.

Toreros y maridos

El joven de la esquina se llamaba Antonio, trabajaba en la imprenta y quería ser torero.

¡Madre del amor hermoso! ¡Torero!

En su defensa puedo decir que era un buen trabajador, que no bebía y que no jugaba ni apostaba. En su contra ya lo dijeron todo mis hermanas y mi señora. ¡Quería ser torero! ¡Ahí es poco!

No es que sea malo ser torero, son hombres arrojados y valientes que sacan sus buenos cuartos lanzándose al toro. Pero... ¡Torero! De mil muchachos que quieren ser torero, uno, si acaso, llega a serlo, el resto se pudre en las plazas de toros esperando su oportunidad y malviviendo. Y así se lo dije a Antonio.

No podía ser la novia de un aspirante a torero. ¡Ni loca! A saber quién tendría más cuernos si los toros o yo. Porque de todos es bien sabido que los toreros no son fieles, que se andan con mujeres alegres y que se gastan los jornales en saraos. Y yo no quería eso.

Pero por otro lado, Antonio, que tenía mucha labia y más entendederas que yo, me camelaba con bonitas palabras. Desde luego que él no se iba a ir por ahí a hacer de viva la virgen, ni se iba a gastar los cuartos en fiestas. Además, como yo decía muy inteligentemente —sabía halagarme como nadie— solo uno de cada mil llegaba a torero, lo suyo era solo una afición sana. Iba a las Ventas, a las becerradas de Puerta de Hierro y a las plazas de los pueblos en su tiempo libre. Si había oportunidad, salía a limpiar el ruedo y toreaba alguna vaquilla. Si no, pues simplemente miraba el tendido y soñaba con ser torero. Pero los sueños, sueños son, como bien decía el gran Calderón de la Barca, y él sabía de sobra que su vida sería la de un impresor.

Y así entre palabras bonitas, piropos cada vez más íntimos, paseos por las Vistillas cogidos de la mano y bailes en los Viveros de la Villa, poco a poco fui cediendo.

Al cabo de un año de conocerlo dejé de ir los domingos a casa de mi hermana y en su lugar lo acompañaba a las plazas de toros de los pueblos, donde se sacaba unas perras chicas haciendo de novillero. También le pedí a mi señora una tarde libre entre semana para salir a pasear con mi novio. Porque para qué engañarnos, por aquel entonces él se consideraba mi novio y así lo demostraba ante todo el barrio.

Hubo algún que otro zagal que pretendió hacerse ver por mí, pero Antonio rápido los despachaba. Lo que era suyo no lo tocaba ni el rey, decía. Y yo encantada. Para qué negarlo.

Bailábamos el Chotis en la Verbena de la Paloma, recorríamos los puestecillos en San Isidro, acudíamos a los merenderos de La Bombilla en verano y a la zarzuela,

Casa Botín y Casa el Abuelo en invierno, y poco a poco, me fue ganando. Imagino que fue algo irremediable. Antonio tenía carisma, inteligencia, don de gentes y, sobre todo, sabía lo que quería, y me quería a mí. Y yo encantada.

Cuando cumplí los dieciocho años se me declaró. Yo le dije que tenía que comentarlo con mi familia, es decir, mis hermanas Victoria y María y mi hermano Francisco, que eran los que aún nos manteníamos juntos. Él aceptó sin dudarle un momento; si algo le sobraba a mi novio era seguridad en sí mismo. Así que un domingo de abril nos dirigimos a casa de Victoria, a la ineludible reunión familiar.

Mi familia no tiene pelos en la lengua, y cuando Antonio se presentó ante ellos, lo demostraron.

Le dejaron bien clarito que si quería matrimoniarse conmigo lo de ser torero lo tenía que olvidar, que tenía que ganar su buen jornal y ser buen marido, nada de vinos ni amigos, nada de juergas ni mujeres. Antonio los dejó hablar, escuchó sin abrir la boca y, cuando todos mis hermanos se quedaron a gusto y confiados en haberle intimidado, sonrió.

—En primer lugar no bebo, ni beberé, no me gusta el vino, ni los licores. No soy yo quien se infla de anís los domingos de buena mañana, así que no me anden con remilgos.

Mis hermanas se pusieron rojas como un tomate mientras Francisco estallaba en una sonora carcajada.

—En segundo lugar, no veo qué mal hace a nadie, y menos a mi futura esposa, que nos demos un paseo en nuestro día libre por las plazas de los pueblos. Si puedo torear de novillero, son unos cuartos que me saco. Y si no puedo, es un paseo que nos damos. ¿Acaso prefieren que la tenga en casa todo el día, pegada a la costura y los niños mientras yo me voy de parranda como hacen otros hombres? No comulgo con la hipocresía.

¡Ay!, pensé para mis adentros, quizá había hablado de más en alguna ocasión. Cuando paseábamos juntos, a veces había salido el tema y le había hablado del marido de María, el borrachuzo que la tenía abandonada y del marido de Victoria, un buen hombre, trabajador, pero demasiado amigo de sus amigos... Y bueno, mi hermano Francisco tampoco era un monje, al fin y al cabo estaba soltero y podía hacer lo que le viniera en gana, ¿no?

Victoria puso el grito en el cielo ante el discurso de mi novio, María abrió mucho los ojos y cerró mucho la boca y Francisco volvió a carcajearse. Por lo visto, le hacía gracia encontrar a un hombre capaz de enfrentarse a mis hermanas con la sonrisa en la boca y la verdad en los labios.

—Señoras, no se me alteren, que yo las he escuchado a ustedes sin decir esta boca es mía y pretendo que se me permita hacer lo mismo —exigió mi novio cuando oyó el gallinero que formaron mis hermanas. Alzó las cejas a la espera de que callaran y cuando así lo hicieron continuó con su argumento—: Por último, el jornal me lo estoy ganando desde que llevo pantalones largos y ningún patrón ha tenido queja de mi

trabajo. Estoy en posición de mantener casa y niños con ayuda de mi esposa y sin pedir nada a nadie. Las juergas me las pienso correr como hombre que soy. Con mi mujer. Y serán tales que le dolerán los pies de bailar y las mandíbulas de reír. Y ahora, si todo ha quedado aclarado, les aviso que me pienso casar en cuanto encuentre día libre para hacerlo. Si les gusta, bien. Si no les gusta, ajo y agua.

Y dicho esto se levantó muy sereno, cogió su chaqueta y su sombrero, me tendió mi mantón, y cuando yo me hube acomodado a su brazo, saludó a mis petrificadas hermanas y abandonamos la casa.

Un mes después de la reunión familiar, Victoria me dijo que se había enterado de un puesto de portera en la Rivera de Curtidores. Se precisaba matrimonio dispuesto y joven para mantener limpio el portal y las escaleras, llevar las cosas del edificio y atender a los vecinos cuando llegaran de noche y el sereno no estuviera.

Antonio y yo fuimos a ver la vivienda, era un sótano diminuto con un comedor pequeño y una habitación. Al fondo del comedor había un fogón de leña y nada más. El cuarto de baño era comunitario y estaba en el descansillo de la escalera. El edificio contaba con tres plantas además del bajo y el sótano, y en cada una había un baño que yo tenía que asear.

A mí me pareció bien el trato, a Antonio no le hizo mucha gracia que su futura mujer tuviera que andar limpiando la mierda de los demás. Pero reconoció que no podíamos comprarnos una casa y que si alquilábamos, el arriendo nos quitaría más de la mitad de nuestros jornales. Si accedíamos a ser los porteros, el dinero que nos ahorráramos lo podríamos emplear en una morada propia al cabo de algunos años. ¡Qué ilusos!

Cuando tuvimos cerrado el negocio con los dueños del edificio y el trabajo de portera fue mío, busqué una chica joven, discreta y voluntariosa para que ocupara mi puesto con mi señora, no tardé mucho en encontrarla y tener todos mis asuntos zanjados.

En menos de dos meses, Antonio y yo estábamos casados.

Antonio resultó ser un marido atento, amable, y muy, pero que muy cariñoso. Tanto, que a los diez meses de la boda nació nuestra hija mayor, Lola. Trece meses más tarde llegó Antoñito, y dos años después, Rafael.

En esos años descubrí muchas cosas de mi marido, la más importante de todas, que no aceptaba licores en casa. No era que no le gustara el alcohol, era que aborrecía cualquier tipo de licor, especialmente el vino. En casa no me permitía tener siquiera una botella de anís para tomar con mis hermanas cuando estas venían de visita. Y si eran ellas quienes la traían, Antonio se iba a dar una vuelta a las Vistillas y cuando ellas se iban me hacía ventilar toda la casa y fregar varias veces los vasos en los que habíamos bebido hasta que estaba seguro de que no quedaba siquiera el aroma del licor en ellos. Por supuesto, también se negaba a besarme. Por mucho que me lavara los dientes y la boca, que comiera hojitas de menta y gajos de limón, daba lo mismo,

Antonio se negaba a dormir conmigo esa noche, y eso era mucho decir, ya que era un hombre de pasiones fuertes y arrebatadas que cada noche tomaba lo que le pertenecía.

Al poco tiempo de casados decidí hablar con mis hermanas de todo esto, y ellas estuvieron de acuerdo en que era buena cosa tener un hombre con tales manías. En mi casa no volvió a entrar el alcohol en mucho, mucho tiempo. No porque yo fuera una mujer obediente, que va, mi genio era mío. No volvió a entrar alcohol en casa, porque resultó que yo también era una mujer pasional y arrebatada y no me apetecía en absoluto prescindir de lo que me pertenecía, aunque fuera por una sola noche.

Huérfanos y vino

Antonio era un hombre cultivado, sabía mucho de casi todo y tenía un hablar correcto que chocaba constantemente con mis modales más burdos.

Poco a poco fui tomando sus palabras y haciéndolas mías. Supongo que al oír hablar con corrección a alguien día y noche, es normal que se te acaben pegando sus maneras y frases. Y si además ese alguien utiliza cada metedura de pata que tienes para reírse, pues entonces se te pega todavía más rápido. Y no es que Antonio se riera de mí, es que le gustaba embromarme y mostrarme cómo, con una simple vocal o sílaba bien puesta o con una coma en el lugar adecuado, el sentido de una frase cambiaba por completo.

Recuerdo una vez que en el mercado vi un atún entero en el puesto del pescadero, jamás había visto bicho tan grande y de regreso a casa pasé por la esquina de la plaza de la Cebada donde él trabajaba para decírselo, irrumpí en la imprenta y él, al verme tan excitada y nerviosa, sonrió y me acompañó fuera para que pudiéramos hablar a solas.

—No te lo *va' creer*, *n'el mercao* había un *pescao* enorme...

—¿Tienes hambre? —me preguntó muy serio.

—*Pos* no, yo *via'l* pez y me quedé *impresioná* —continué extasiada con el recuerdo del enorme pez.

—¿Seguro que no tienes hambre?

—Que te he dicho que no.

—Pues te estás comiendo letras en cada palabra.

—No te rías de mí.

—No me río. —Y lo cierto era que el perro sarnoso no se reía.

—A ver, he ido al mercado —empecé de nuevo, remarcando cada palabra con su número de letras correspondiente—, y he visto un pescado enorme.

—¿De veras? ¿Qué pez era? —preguntó interesado.

—Pues un atún, yo *via* el pescado y le pregunté al *pescadero* qué era.

—¿Llovía mucho?

—No. No llovía nada, ¿de dónde te has sacado que llovía? *Pos* no ves el sol *qu'hace*. —Este hombre estaba loco y me estaba volviendo loca a mí.

—Pero sí me acabas de decir que llovía.

—¿Yo? Yo no te he dicho que llovía.

—Habré entendido mal, disculpa.

—¡Señor! *Pos* a lo que iba, yo *via* el *pescao* ese tan tremendo y le...

—Ves como estás diciendo que llovía —me interrumpió con una sonrisa.

—¡Que yo no digo eso!

—¿Estás segura...?

Y así, como quien no quiere la cosa, me iba corrigiendo poco a poco las maneras. No lo hacía nunca cuando había gente delante, sino que era cuando estábamos solos cuando me corregía, siempre embromando, siempre serio y siempre cariñoso. También me enseñó a leer un poco mejor, lo que no consiguió fue que escribiera. No me gusta escribir, me cuesta mucho dibujar las letras en el papel, y total si sé leer y sé firmar, ¿para qué voy a escribir? Pues mira tú por donde, para escribir mis memorias a mi nieta...

Yo pensaba que él había ido a un colegio de esos de pago que te enseñan a ser un lumbreras, pero resultó que no. De a poquitos me fue contando su historia.

Había aprendido a leer en la iglesia, donde acudió hasta los siete años. Luego su padre enviudó y, pensando que Antonio estaría mejor ganando un jornal que estudiando, lo sacó de las clases y lo metió en la imprenta. Resultó ser un acierto, porque Antonio aprovechó su trabajo para leer todo lo que caía en sus manos, y era mucho. Panfletos, periódicos, libretos, cualquier cosa valía, y claro, cuanto más lees, más palabras aprendes, y él sabía muchas, muchísimas palabras.

Antonio jamás hablaba de su familia, yo ni siquiera sabía si tenía hermanos, solo lo poco que me había contado sobre él cuando empezó a trabajar. A mí me extrañaba, pero la verdad, viendo los tiempos que corrían y a mi propia familia todos desperdigados, imaginé que a la suya le pasaba lo mismo.

Una noche de mi primer embarazo, cuando según mis cuentas ya faltaba menos de un mes para tener a nuestro bebé, Antonio empezó a hablar de repente, sin venir a cuento, de su familia. Y a mí se me aclararon muchas cosas.

Era hijo único de un matrimonio de clase media, el padre era curtidor y la madre se dedicaba a sus labores. Su madre era de constitución frágil y al tenerlo a él su salud empeoró y se volvió todavía más débil. Poco antes de que Antonio cumpliera los siete años, su madre murió de una neumonía dejando solos a padre e hijo.

Su padre, que aparte de curtidor era aficionado al vino, al ver que no tenía impedimento alguno en hacer lo que le viniera en gana, ya que no había mujer en casa que le cantara las cuarenta, se dio más a la bebida y de paso comenzó a jugar. Sacó a Antonio del colegio de la iglesia y lo puso a trabajar en la imprenta. Al cabo del año, el padre buscó nueva parienta, más que nada porque no habiendo mujer que llevara la casa, aquello estaba hecho un desastre y no quería que la gente pensara que iban desarrapados por el barrio. Y eso por no mencionar que se le ocurrió la peregrina idea de que con hembra en casa que cuidara de ellos, habría viandas de sobra para todos, aunque lo cierto era que si no había para comer no era cosa de hembras sino de vinos. De todos modos, se puso al tajo y encontró una viuda con buenas curvas y un par de hijos con la que matrimonió.

La viuda no era mala mujer, pero el padre gastaba el jornal en vinos, y como no había para poder comer toda la familia, ella, lógicamente, arreaba para los suyos, por lo que Antonio acabó alimentándose de lo que le daba de incógnito su patrón de la

impresión —el sueldo lo recogía su padre todas las semanas— y las sobras que le guardaban sus hermanastros sin que su madrastra lo supiera.

Con el paso del tiempo la afición de su padre por el vino fue a peor, no solo faltaba comida en casa sino que sobraban las tortas, y no de pan exactamente.

Antonio me contó que llegó un momento en que tenía la impresión de que todo olía a vino, los vasos, los platos, su ropa, la casa entera. Odiaba cuando su padre llegaba y se ponía a hablar con él, acercando su cara enrojecida y soltando su aliento pestilente sobre el rostro infantil de mi marido mientras este apenas podía contener sus ganas de vomitar.

Su padre era un borracho caprichoso, me dijo Antonio, a veces llegaba como una cuba pero muy cariñoso, se sentaba con la familia y echando vaharadas de alcohol por su boca pedía a los niños y a su mujer que le contaran cómo les había ido el día. En otras ocasiones la borrachera le volvía violento y descargaba toda su furia sobre el primero que encontrara en su camino. Normalmente sobre el niño mayor que intentaba proteger a sus hermanastros.

Los niños cogieron la costumbre de esconderse en cuanto oían pasos en el portal y no salían hasta que escuchaban a su madre gritar o reír. Si era reír, no había problema, solo tenían que soportar su aliento; si la oían gritar, intentaban defenderla y acababan con moratones y huesos rotos.

Cuando Antonio cumplió los doce años, habló con el jefe de la imprenta y le expuso la situación. Necesitaba un lugar donde dormir, no podía pagarlo si no le daban su jornal a él en vez de a su padre. El jefe al principio se negó, no quería líos. Entonces Antonio, haciendo gala de gran claridad mental, le explicó que si se veía obligado a seguir viviendo en casa con su padre, acabaría por matarlo. Ya no era un crío y podía defenderse, y en la cocina de su casa había cuchillos bien afilados, por lo que terminaría en la cárcel y el patrón se quedaría sin un buen trabajador.

El patrón atendió a estas razones —tonto no era y a buen entendedor pocas palabras bastan— y le entregó el jornal a mi marido. Y no solo eso, además le permitió quedarse a dormir en la imprenta, en un rincón, en el suelo... y Antonio aceptó.

Cuando su padre fue a recoger el sueldo a la semana siguiente, Antonio se enfrentó a él. Su padre era más grande y más fuerte, pero también estaba borracho e inestable; a mi marido no le costó nada convencerlo de que mejor dejaban las cosas como estaban.

A los pocos años su padre murió en una pelea callejera y su madrastra se largó bien lejos con sus dos hijos. No ha vuelto a saber de ellos.

Ahora que soy mayor y más sabia, que estoy sola y mi marido se ha ido, a veces me pregunto qué les da la bebida a las personas que las convierte en sus amantes.

Yo me pego mis sorbitos de anís cuando me viene en gana y me tomo mis copitas de vino cuando como con mis nietos, no lo veo mal, aunque quizás lo sea. Como dice uno de mis nietos, ¿qué hay de malo en beberse un vaso de vino? Y yo le contesto que no está en lo que tomes, sino en cuánto lo tomas. No es lo mismo una copita de vino comiendo, que vivir pegado a una copa de vino. No es lo mismo reírte por algo que te hace gracia a que te haga gracia todo por estar de vino hasta las cejas.

A veces me asomo a la ventana de mi casa y veo a los jóvenes en el parque. Por la noche se sientan en el césped y toman cerveza y licores, fuman porritos y se meten pastillas para el cuerpo...

¿No saben acaso que están perdiendo poco a poco la personalidad, la cordura, la vida?

Pero todos los mensajes que reciben les instan a beber. Y ellos lo aceptan sin pararse a pensar. Simplemente es tan normal que no puede ser malo. Se sientan en sus casas frente a la televisión y ven al galán de turno tomando su Martini acompañado de una rubia explosiva. Abren las revistas y ven preciosas fotografías de gente en la playa, mujeres de diminutos biquinis tomando sus cócteles agarradas a hombres imponentes que las tienen conquistadas. Van al cine y ven al héroe del día apoyado en la barra de un bar tomando su whisky para olvidar la pena de haber perdido a su amante. Leen un libro y el libertino consumado está en su club privado bebiendo su copa de oporto...

No estoy en contra de tomar alcohol, estoy en contra de que nos hagan creer que tomando alcohol seremos más felices, que tendremos más éxito con el sexo opuesto y que nuestra vida será más plena. Estoy en contra de esa gran mentira que han formado las multinacionales del ocio y la supuesta diversión.

Como digo, soy la primera que se toma champán con la familia.

También soy la primera que he sufrido en mi persona los estragos de una vida llena de alcohol.

Pasamos dos años viviendo en aquella portería diminuta y, poco antes de tener al menor de mis hijos, a Antonio le ofrecieron un piso de alquiler en la calle del Ángel. No era gran cosa, un bajo con un pasillo larguísimo que daba a un comedor no muy grande, con un apartado para cocinar y tres habitaciones pequeñas. El baño era comunitario por planta y como no había portera las vecinas se turnaban para limpiarlo todas las semanas. El precio era muy bajo y como venía el tercer bebé lo cierto era que en la portería apenas si teníamos sitio para respirar. Decidimos irnos a vivir allí e intentar mantenernos con el sueldo de Antonio y lo que teníamos ahorrado hasta que los niños fueran un poco mayores y yo pudiera buscar una nueva casa para limpiar.

Mi hijo Rafa nació en esa casa que tantos recuerdos me ha legado. Recuerdos buenos y recuerdos malos.

Fuimos muy felices con lo poco que teníamos; cuidábamos unos de otros y no esperábamos de la vida más de lo que esta nos daba.

El verano de 1936 comenzó como todos los veranos: caluroso y tranquilo. Mis hijos jugaban en la calle mientras yo limpiaba la casa y la comida cocía a fuego lento en mi cocina de carbón. Mi marido trabajaba en la imprenta y al llegar la noche, cuando por fin estaban dormidos los niños, hablábamos entre susurros de nuestros sueños y esperanzas. Todo parecía de color de rosa, pero entonces llegó el mes de julio, y con él, el día 18 y todo cambió.

España convulsionó, se dividió, se enfrentó. Mi marido partió al frente y yo me quedé en Madrid con mis tres hijos. Sola.

Sirenas y temblores

Los días 17 y 18 de julio de 1936 aconteció el pronunciamiento que dio lugar a la guerra civil española. Pero no fue este un hecho inesperado, ni su consecuencia ninguna sorpresa.

España estaba dividida en dos partes, por un lado los ricachones acomodados, pendientes de sus bienes y heredades, sacrificando sus buenos cuartos por el bien del país, dignos hijos de la iglesia, piadosos y voluntariosos, explotadores de campesinos y obreros.

Por otro lado, la clase obrera explotada y siempre ignorada, sin derechos, sin nada. Incultos zoquetes más prestos a los puños que a las palabras, olvidadizos de reglas y renegados de la iglesia.

O al menos eso decía la labia corrosiva y beligerante de unos y otros. Largo Caballero por un lado, José María Gil Robles y José Calvo Sotelo por el otro. Extremistas de derechas e izquierdas chocaban en periódicos, proclamas y discursos, y el pueblo se dividía, se enfrentaba, se insultaba.

Desde la revolución de 1934 el clima que se vivía en España era de todo menos tranquilo. En la primavera de 1936 las cosas alcanzaron su punto de ebullición. Unos pensaban que la democracia había muerto y que la república estaba dando sus últimos coletazos, otros que España estaba a punto de caer en manos de revolucionarios marxistas que harían tambalear sus creencias más profundas. En definitiva, en la calle corría el desaliento, la inquietud y la sospecha. Se mascaba en el ambiente que el siguiente paso que nos impusieran sería drástico y casi apocalíptico.

En junio de 1936, José María Gil Robles presentó un informe detallando la situación del país en base a los últimos desórdenes: más de un centenar de iglesias quemadas, heridos y muertos en reyertas políticas y choques callejeros, más de cien huelgas generales, más de doscientas parciales... Nada iba bien, eso estaba tan claro como el agua.

Quizás sea poco patriótico lo que voy a decir, pero... cuando echo la vista atrás y leo los renglones desiguales de la historia de mi país, creo que estábamos abocados a la guerra, no tanto por política o intereses, sino porque simple y llanamente los españoles no sabíamos lo que queríamos. Íbamos dando tumbos, buscando la solución perfecta sin pararnos a pensar que lo perfecto para unos era lo imperfecto para los otros.

Tras el reinado de la reina Isabel II, en 1868, los españoles decidimos que no queríamos más reyes Borbones, así que durante los dos primeros años del llamado sexenio democrático estuvimos buscando nuevo rey... Al final lo encontramos en la

figura de Amadeo de Saboya, un príncipe italiano que subió al trono en 1870, en la primera monarquía constitucional que tuvo España.

Estuvo este buen hombre aguantando carros y carretas hasta 1874, año en que abdicó. Yo sinceramente no sé Historia y no sé por qué lo hizo, pero imagino que tras varios intentos de asesinato, ciertas conspiraciones, alzamientos carlistas y alguna que otra cosa más, al pobre hombre o se le acabó la paciencia o se le pusieron por corbata. Prefirió dejarnos a solas con nuestras historias, de hecho cuentan los que saben que solía exclamar confuso: «*Ah, per Bacco! Io non ci capisco niente. Questa è una gabbia de pazzi*». Es decir: «No entiendo nada, esto es una jaula de locos».

Así que otra vez estábamos sin rey, entonces decidimos que mejor nos las apañábamos solitos y creamos la Primera República que duró desde 1873 hasta 1874, en total once meses durante los cuales tuvimos cuatro presidentes, ¡ahí es poco!

Visto lo visto, decidimos probar de nuevo con la monarquía, como el rey anterior era extranjero y no nos había cuadrado mucho, pusimos en su lugar a otro Borbón, Alfonso XII, y a la muerte de este, llegó la regencia de la reina María Cristina, —*Doña Virtudes* la llamábamos— que se inició bajo el gobierno de Sagasta, del partido liberal. Cuando su hijo, Alfonso XIII fue coronado, el jefe del gobierno era Antonio Maura; esta vez les tocaba el turno a los conservadores. Y digo esto porque los españoles teníamos nuestras cosas, y una de ellas era la alternancia en el poder político. Había elecciones, claro que sí. A partir de 1890 se admitió el sufragio para varones mayores de 25 años, pero, la verdad, no servía de mucho. Las elecciones estaban amañadas. De hecho, todos sabíamos perfectamente a qué partido político le tocaba gobernar antes del recuento de votos, ya que en nuestro país se producía una curiosa alternancia política. Primero gobernaban los liberales, y en el ejercicio siguiente lo hacían los conservadores. Todo muy ecuánime, y muy bien montado si no fuera porque el pueblo no se creía nada y protestaba por todo. O eso decían los poderosos. A eso hay que añadir las revueltas, los enfrentamientos internos, la guerra de Cuba, el conflicto de Marruecos, el anticlericalismo, el catalanismo y más, y más, y más. Al final al rey se le inflaron las narices con tanta protesta y apoyó a Miguel Primo de Rivera cuando se sublevó contra el Gobierno. Fue así que dio un golpe de Estado y se convirtió en dictador de 1923 a 1925 de un directorio militar, para según sus propias palabras «Poner España en orden». En 1925 el directorio militar pasó a ser civil... El rey, cómplice de la dictadura, se quedó con su trono. Para gobernar o para pintar la mona, ya no sé decirlo, pero por ahí andaba.

Tras la grave crisis económica del 27 y del 29, la represión de obreros e intelectuales, la falta de acuerdo entre burguesía y dictadura, y la Dictablanda (1930-1931) de Dámaso Berenguer y más y más y más, acabamos cayendo en la cuenta de que España no iba muy bien que se diga. Por tanto, se buscó una solución: la Segunda República, que como ya he dicho antes, no es que fuera muy tranquila, no, señor.

Si sumamos dos y dos, tenemos que desde 1833, año en que subió al trono Isabel II, hasta el golpe de Estado y posterior dictadura franquista en 1940, ha pasado poco

más de un siglo en el que hemos tenido varias dictaduras, dos repúblicas, un rey extranjero, una reina, una reina regente y dos reyes españoles, uno de ellos a la vez que una de las dictaduras. No está nada mal, no, señor.

Se puede decir sin lugar a dudas que éramos un pueblo de ideas claras y estables, con lúcidas inclinaciones políticas y que sabíamos de todas, todas, lo que queríamos... sin lugar a dudas.

Cuando empezó la guerra había vivido mi vida en paz, sin pararme a pensar en política ni políticos, ni en democracias, monarquías, dictaduras ni repúblicas. De eso ya se ocupaban mis vecinos y mi marido. Yo vivía tranquilamente y dejaba en paz al resto del mundo con la ingenua esperanza de que el resto del mundo me dejara en paz a mí.

Aún hoy sigo sin creer en la política. Odio a Franco porque me hizo odiarle. Me las hizo pasar muy mal, pero imagino que también mucha gente le tendrá aprecio porque se las haría pasar muy bien. Como dijo Campoamor, todo es según el color del cristal con que se mire.

Yo pasé hambre, penas y dolores, por tanto lo odio profundamente y espero que se pudra en su fría y jactanciosa tumba del Valle de los Caídos. Los que tuvieron trabajo y comida, los afortunados ganadores que recibieron prebendas y favores, imagino que desearán que los tiempos vuelvan atrás y que el dictador siga vivo y coleando...

Lo dicho, todo es según el color del cristal con que se mire, y mi cristal fue durante toda la guerra y muchos años después de un color muy oscuro, negro, de hecho.

Antonio se alistó de carabinero con los republicanos tal y como hicieron mi hermano Francisco y casi todo Madrid. La capital quedó vacía de hombres; las mujeres, niños y ancianos nos hicimos cargo de la urbe.

Fueron tiempos penosos. Tiempos de hambre y miedo. Tiempos de mirar al vecino y preguntarte si era de los tuyos o de los otros. Tiempos de cuidar la lengua y silenciar los pensamientos. Tiempos de penurias.

Es bien sabido que la guerra saca lo peor de la humanidad, pero también lo mejor.

Mi calle quedó vacía, al igual que mi casa y también mi corazón. Me encontré de repente con tres niños a los que sacar adelante sin ayuda de nadie, excepto de mis hermanas y de alguna vecina.

Mi hija Lola tenía cuatro años, Antoñito, tres y Rafael, uno; no era un panorama esperanzador, pero me puse manos a la obra y puedo decir con la cabeza bien alta que jamás nos faltó comida, aunque esta fueran palomas en vez de pollos, o gatos en vez de conejos.

De aquellos años de caos tengo recuerdos inconexos, simples retazos de momentos que quise perder en el olvido y no logré que abandonaran mi cabeza.

Recuerdo a la señora Paca, una anciana de pelo blanco y ojos legañosos. Vivía en el portal de al lado de mi casa, sus ropas estaban raídas, sus cabellos sucios. Paseaba arriba y abajo por las calles mendigando un trozo de pan que llevarse a su boca sin dientes. A veces desaparecía durante días y cuando volvía a verla era una sombra de su persona, un caparazón vacío que se sostenía por la mugre que cubría su pellejo.

A veces una vecina la metía en su casa y la aseaba, otras veces era yo misma quien lo hacía. Teníamos todas un pacto no mencionado, la que primero daba con ella se ocupaba de adecentarla. Más de una vez la metí en mi casa y le lavé aquella cara de ojos legañosos y baba reseca. Luego ponía agua a calentar en el fogón y colocaba un barreño en el suelo del salón. Ella se dejaba desnudar sin abrir la boca y yo le iba echando el agua caliente sobre la cabeza a la vez que frotaba su cuerpo con toallas y jabón hecho en casa.

Me daba un asco tremendo lavarla, tanto, que cuando terminaba hervía inmediatamente las toallas que había usado en agua con lejía, eso si tenía la suerte de tener lejía, y si no, las frotaba con jabón hasta que no quedaba resto de la mugre que le había robado a su cuerpo. Luego compartíamos la poca comida que tuviéramos con ella.

La señora Paca daba vueltas al pan mojado en agua en su boca desdentada, dejando que cayeran las migas hechas masa con su baba por la comisura de su boca, luego se echaba a llorar sobre la sopa de ajo o el guiso que tuviera frente a sí. Las lágrimas resbalaban por su cara y los mocos caían de su nariz hinchada y enrojecida hasta la cuchara que en ese momento se llevara a la boca.

Su marido había partido a las trincheras y ella se había vuelto loca.

A veces se quedaba unos días por el barrio y las vecinas la alimentábamos como buenamente podíamos; otras veces, desaparecía a las pocas horas de haber regresado. Cuando volvía su estado era igual de penoso, igual de estremecedor, igual de desamparado.

A veces pensaba para mí misma: ¿por qué nos preocupamos? ¿Para qué asearla y remendar sus ropas? ¿Para que quitarnos de comer cuando no tenemos comida para nuestros hijos si ella desaparece y nos olvida? Pero al instante la respuesta venía a mí. Cuando ya nada queda, cuando todo nos lo quitan, solo una cosa podemos hacer las unas por las otras: ayudarnos a mantener la dignidad. Ni más ni menos.

La señora Paca sobrevivió a la guerra; su marido, no.

Cuando Madrid volvió a ponerse en pie, o al menos a intentarlo, ella siguió deambulando por las calles y las vecinas seguimos limpiándola y dándole parte de las exiguas raciones que conseguíamos con la cartilla de racionamiento.

Murió un día de invierno pocos años después de terminar la guerra. Encontraron su cuerpo tumbado sobre el colchón de su casa. Vestida de harapos, con los ojos llenos de legañas y la casa helada por el frío. Estaba tumbada boca arriba con las

manos enganchadas a la sábana que cubría el lecho. Cuando la levantaron para amortajarla, sus dedos no soltaron la sábana y revelaron que no era sobre un colchón sobre lo que dormía sino sobre un saco de billetes de una peseta. Era rica, inmensamente rica y había vivido los últimos años de su vida como si fuera más pobre que las ratas.

¿Qué tiene la guerra que cambia tanto a las personas? ¿Qué las hace caer en la más absoluta desesperación? ¿Qué hace que todo cuanto las rodea se convierta en engaño ante sus ojos sin esperanza?

Horror. Simple y llanamente horror.

Impotencia.

Soledad.

* * *

Recuerdo a mi hermana María, enferma y sola, con su hijo pequeño dejado a su libre albedrío en la misma casa en que vivían con sus suegros. Me acercaba a visitarla todos los días, llevaba a mis pequeños y cuidaba de su casa. Ella ya no podía.

Tenía treinta y tres años, apenas si podía respirar, su pecho se movía en espasmos tratando de llevar aire a sus pulmones anquilosados mientras sus suegros amenazaban con echarla de casa ahora que su marido no estaba y ella no era útil para nada.

Su esposo había fallecido; según su madre, honorablemente en el campo de batalla, luchando por quien merecía la pena luchar, es decir, por Franco y los suyos. Según el resto del mundo, había muerto en una reyerta callejera al poco de empezar la guerra, borracho como una cuba y atravesado por un navajazo en el corazón.

Fuera como fuese, se había ido y mi hermana estaba sola con unos suegros que la aborrecían y que amenazaban a nuestra familia de ser rojos.

Pero no, señores, yo no era roja, ni azul, ni verde. Era mujer y madre. Ni más ni menos.

Mi familia, mis vecinos, todos los que habitábamos en nuestro país, por encima de nacionales, liberales o republicanos, por encima de iglesias y credos, éramos españoles. Y eso es lo que la gente olvidó, que por encima de ideologías, religiones y demás errores del intelecto, éramos todos de un mismo pueblo, con unas mismas necesidades, con un mismo pasado y un futuro incierto.

Y españoles contra españoles todos nos enfrentamos.

Saqué de allí a mi hermana y a mi sobrino. Apenas le quedaba vida. En mi casa no había comida y serían dos bocas más que alimentar, pero donde no comen cuatro, tampoco comen seis, así que me daba lo mismo. Victoria estaba en mi misma situación y me ayudó como pudo.

Cuando María murió me hice cargo de mi sobrino. De sus abuelos paternos no supe nada más, aunque tampoco me interesé por ellos. Espero que murieran rabiosos y enloquecidos, con grandes dolores y abandonados por todos.

Qué se le va a hacer, también yo tengo mi genio.

Me encontré de golpe con cuatro niños a mi cargo y sin manera de alimentarlos. Las bombas sobrevolaban Madrid, las calles eran un cúmulo de cascotes rotos, los edificios se caían a trozos y la gente se escondía asustada. Estábamos casi al final de la guerra y parecía más bien el final del mundo.

Dejé a mis hijos y a mi sobrino al cuidado de mi hermana y busqué trabajo con los que habían sabido elegir el bando ganador. Cuando se tiene hambre, hasta el orgullo es sabrosa comida.

Entré a servir en una taberna a los enemigos de mi marido, pero francamente me daba lo mismo. Trabajaba de sol a sol en el guardarropa, colocando abrigos de piel a señoronas adineradas y de labios encarnados. Cocinaba para hombres corpulentos de tripas enormes y narices enrojecidas. Lavaba platos hasta que no sentía las yemas de los dedos, y robaba cada resto de comida de cada plato que se ponía ante mi vista para dárselo a mi familia.

Recuerdo que servíamos pollo asado a los señoritos, y en aquella época era un manjar como ahora lo puede ser el caviar. Los señoritos muy finos ellos, lo comían con cuchillo y tenedor mientras todos los trabajadores intentábamos no mirar, no sentir el hambre que nos roía las entrañas. Cuando terminaban su ración de pollo, corríamos a los platos y buscábamos en ellos la tajada del camarero. Ese pedazo de carne tierna y jugosa que hay entre el contramuslo y la columna del pollo, justo al lado de la cloaca, ese trocito de cielo escondido entre huesos al que no se puede llegar más que con dientes, lengua y dedos. Y el camarero que lo conseguía se lo comía sin dudarle un segundo y una cosa puedo asegurar: nos sabía a gloria. Tanto es así, que aún hoy, que no me falta de nada, que tengo mi pensión y mis hijos que me cuidan como a una reina en sus casas; aún hoy, cuando hay pollo asado para comer, busco con ahínco ese trozo de cielo y se lo enseño a mis nietos. Veis, les digo, esto era el caviar de mi juventud. Luego me lo como relamiéndome, y pienso, sí, es el mejor trozo del pollo y solo los pobretones lo comíamos.

Recuerdo el sonido de las sirenas y el rugir de los aviones sobrevolando Madrid y lanzando bombas.

Todos debíamos ir a los sótanos de las iglesias o al túnel de metro que tuviéramos más cerca. Esas eran las órdenes. Apagar las luces, abandonar las calles y refugiarnos bajo tierra. Pero cuando sonaban las atronadoras sirenas que anunciaban la muerte desde el aire, nadie se paraba a pensar en sótanos ni metros, todos los vecinos bajaban desesperados al portal y yo abría las puertas de mi casa en el bajo, nos metíamos bajo la mesa del comedor, bajo las camas de mis hijos y rezábamos cada uno a nuestro dios abrazados unos a otros.

Cuando la muerte te ronda, cuando el terror te atenaza, la mente no hace caso a indicaciones ni órdenes, el cerebro busca a otros de tu especie para reunirse con ellos, para ocultarse todos juntos y en caso de morir, no hacerlo solo. Ni más ni menos.

La guerra cambió la vida de todos nosotros, de los que eligieron bien su bando y de los que elegimos mal. De los que fueron a trincheras, de los que se lanzaron al

monte y de los que nos quedamos en la ciudad. De niños, ancianos, hombres y mujeres.

Juana vivía en la plaza de la Paja, era vecina de mi antigua señora, y amiga mía desde entonces. Tenía mi edad.

Su marido estaba escondido en las montañas con la guerrilla. Tuvo la mala suerte de quedarse embarazada al poco de comenzar la guerra, y yo la visitaba cuando podía y ella hacía lo mismo conmigo. Pasábamos horas en mi casa bajo los ruidos de las piedras al romperse; abrazadas y escondidas, rogando para que cuando su bebé naciera, la guerra hubiera acabado. Pero no fue así.

Un frío día de invierno vino a buscarme a casa la chica de mi antigua señora. «Juana está de parto», me dijo. Salí corriendo con mis hijos, los dejé en casa de mi hermana Victoria y corrí como alma que lleva el diablo entre cascotes y aceras rotas, entre sacos de arena y disparos de fusiles.

Corrí hasta la plaza de la Paja y subí las escaleras hasta el primer piso.

Mi amiga estaba tumbada en la cama con la cara descompuesta y sin emitir un sollozo. Mi antigua señora, ya por entonces ciega del todo, le cogía de la mano y le susurraba palabras de consuelo; la chica que le servía estaba en la cocina hirviendo agua y sacando toallas blancas. No había nadie más en el edificio. La chica había mandado recado a la comadrona, pero no estábamos seguras de que viniese. Al fin y al cabo estábamos en guerra.

Me puse manos a la obra, con tres hijos en mi haber era toda una experta.

Juana empujaba en cada contracción mientras yo dilataba su vagina con mis dedos intentando apresurar al máximo el largo parto. Mi antigua señora pasaba un paño húmedo por su frente empapada en sudor y la chica, acurrucada en una esquina de la habitación, murmuraba oraciones inútiles a un dios inexistente.

Cuando por fin vi asomar la coronilla del bebé entre las piernas de mi amiga, sonaron las sirenas de alarma. Nos miramos unas a las otras totalmente espantadas. Estábamos en un primer piso, necesitábamos luz para ver, no podíamos salir corriendo a buscar refugio. La chica se disculpó entre dientes y escapó de la casa en busca de un sótano, mi señora y yo no dijimos palabra. Ella siguió con sus caricias de consuelo en la frente de Juana y yo seguí intentando sacar al bebé.

Para atender a Juana nos bastaba y nos sobraba con cuatro manos y dos ojos.

Apagamos todas las velas menos una y rodeamos a mi amiga con nuestros cuerpos, el bebé iba a salir ya, y nosotras lo íbamos a recibir.

Las sirenas sonaban, los motores de los aviones rugían y las bombas silbaban sobre nuestras cabezas mientras Juana gritaba. En un sólido empujón asomó la cabeza del bebé, lo agarré entre mis manos y esperé, un segundo, dos, otro empujón y la niña salió del todo, en ese mismo instante oímos un ruido atronador, el suelo se movió y la casa crujió.

Se nos cayeron encima las paredes.

Mi señora murió aquel día, enterrada entre piedras y maderos.

Juana vivió y tuvo tres hijos más.

Aquel bebé precioso que nació en el peor momento es ahora una mujer de sesenta y ocho años con la mente de una niña de tres. Esa niña bonita y cariñosa recibió el mismo nombre que llevaba mi señora, Amparo. La veo muy a menudo, su hermano pequeño se casó con mi hija menor. La miro a los ojos y veo inocencia, ternura, cariño. No tiene ningún rasgo en su rostro que indique por qué su cerebro no maduró; sus ojos son redondeados, su frente es amplia, su nariz respingona, su cuello largo y esbelto como el de un cisne. Si aquella bomba no hubiera caído en la casa o si hubiera caído cuando nosotras no estábamos dentro, probablemente esta niña grande hubiera crecido con su edad, su cerebro hubiera sido como el nuestro, sus palabras serían inteligibles y sus pensamientos ordenados.

Esperanzas y ruinas

La guerra terminó en 1939 dejando una estela de destrucción a su paso. No solo fue destrucción física, sino también de emociones, de sentimientos, de vida. Muchos no regresarían nunca, otros muchos no regresaron hasta tiempo después, encerrados en prisiones, desterrados fuera de su patria, escondidos en cuevas de los montes.

 Mi marido fue uno de ellos.

 Había elegido el bando perdedor, había sido carabinero y había perdido. Con él, perdimos toda la familia.

 Estuvo en prisión tres años, y esos años fueron todavía peores que la guerra.

 Yo veía a mis vecinas reencontrarse con sus maridos, a mi cuñado abrazar a mi hermana Victoria, a mis sobrinos besar a su padre. Pero mi marido no estaba.

 Mi hermano Francisco conservó la vida y, agarrándose a su libertad con ambas manos, se escapó antes de que pudieran hacerle preso y se escondió en las montañas. Por perder perdió hasta su nombre.

 Pasó a ser Periquito.

 Cuando iba a ver a mi hermana Victoria ella me decía: el periquito ha volado buscando el calor. Y yo sabía que mi hermano estaba en el sur. Cuando algún mendigo desarrapado llamaba a mi casa pidiendo comida, a veces me traía algún mensaje de algún periquito que estaba por el norte. Otras veces el periquito estaba en el sótano de la casa de mi hermana y debíamos llevarle comida y bebida, darle noticias, e indicarle cuándo podía volver a salir.

 Desde ese entonces hasta la fecha de su muerte, cada vez que hablábamos con mi hermano, ya pasadas las penurias, reunidos en casa con nuestros hijos y nietos, le llamábamos Periquito, y nuestros nietos siempre lo han conocido con el nombre de tío Periquín.

 Durante los tres años posteriores al término de la guerra seguí sirviendo en la taberna y procuré apañarme con las cartillas de racionamiento, pero a veces la comida no daba para todos.

 No puedo decir que lo pasara mal durante aquellos años porque conocí gente que lo pasó mucho peor que yo, que al fin y al cabo tenía a parte de mi familia conmigo y también poseía mi libertad.

 No fueron solo hombres los que estuvieron en prisión, muchas mujeres marcharon a la guerra con ellos. Muchas mujeres se rebelaron contra el yugo de las faldas y la cárcel de la casa. Muchas mujeres acabaron prisioneras en jaulas de hierro y cemento.

 Mi hermana Victoria tenía una vecina, una mujer joven y arrojada que cuando comenzó la guerra dejó a sus padres y se unió a las milicianas anarquistas de la

organización feminista del movimiento libertario español. La llamada Mujeres Libres.

Quien crea que la guerra es cosa de hombres está bien equivocado.

Julia demostró con sangre y lágrimas que menstruación y pechos no están reñidos con coraje y arrojo.

Peleó con sus camaradas y acabó en prisión como ellos, más bien peor que ellos.

Estaba embarazada cuando dio con sus huesos en la cárcel, y allí tuvo a su hijo. Ya fuera por el disgusto de estar privada de libertad, por la falta de alimento o por el trato abusivo que recibió —yo me inclino más por estas dos últimas opciones— la leche se le cortó y su hijo se encontró con nada que comer.

Julia clamó al cielo, a los carceleros, al cura de la prisión y al mismo dios en el que no creía, pero no hubo nada que hacer. El cielo no está habitado por ningún dios, o lo mismo es que ese dios estaba sordo aquella semana. Quién sabe.

Los carceleros, acostumbrados a los gritos de la prisión, prestaron oídos sordos, y el cura, cuando por fin se dignó a acudir, simplemente dijo que era voluntad de dios —¿el sordo, el inexistente o el pasota?—, y que el hijo pagaría por los pecados de la madre.

El niño no pagó por los pecados, simple y llanamente murió. Fue Julia quien soportó toda su vida la pena y el desconsuelo de ver a su hijo de apenas un mes morir de hambre entre excrementos y orines. Quien lo amortajó con su propia ropa antes de que el cura se lo quitara de las manos y en contra de su voluntad le diera sepultura cristiana. «¿Para qué quiere mi hijo sepultura cristiana, si el dios al que vas a entregarlo le ha vuelto la espalda?», le gritó al clérigo cuando este se alejaba por los pasillos. Pero el cura no hizo caso, es de todos bien sabido que van buscando almas para apuntar en sus registros... lo mismo que el diablo.

Pasé tiempos duros, llenos de hambre; la cartilla de racionamiento no daba para comer a los cinco que éramos en casa: mis tres hijos, mi sobrino y yo. Seguía sisando de la taberna cualquier pedazo de pan que sobrara, aunque cada vez éramos más a repartir sobras y tocábamos a menos.

El mejor amigo de mi marido antes de la guerra era carnicero, eligió el bando contrario al de mi Antonio y acertó al hacerlo. Cuando terminó la guerra volvió a su carnicería y poco a poco su figura se fue tornando oronda.

Los primeros meses, cuando todo estaba patas arriba y en mi desesperación no veía ninguna salida, acudí a él en busca de ayuda; me daba alguna cabeza de cordero para hacer sopas, algún hueso mohoso, algún pedazo de carne maloliente. Yo lo limpiaba todo bien y con eso nos alimentábamos mis niños y yo durante más días de los que nadie pueda llegar a pensar.

Pero mis hijos, demasiado flacos durante la guerra, ya casi eran transparentes, la sopa no les llenaba. Sus huesecitos se les marcaban, las venas sobresalían azules de

sus bracitos, su tripa sonaba tanto que no había momento del día en que no se oyeran sus gruñidos.

Acudí de nuevo al amigo de mi marido mendigando lo que fuera, y él me dijo que no tenía nada. A buen entendedor pocas palabras bastan.

Pasaron las semanas y el hambre acuciaba, hice de tripas corazón y volví a suplicarle. Seguía sin tener nada, me dijo, pero... quizás podría conseguir algo para mis hijos si yo pasaba a la trastienda y me quedaba calladita. Yo sabía de sobra lo que pasaba en las trastiendas, vecinas y amigas mías habían estado «calladitas» allí cuando ya no podían soportar el llanto de sus hijos.

No era perder la honra, ni siquiera perder el orgullo. Era ganar al hambre.

Cerrar los ojos. No pensar. No sentir.

Ni más ni menos.

Entré en la trastienda temblorosa, sin decir palabra, aguanté en silencio mientras comenzaba a manosearme, pero cuando quiso tomar lo que no le pertenecía, mi genio pudo conmigo y le di una buena patada en los cojones, después salí huyendo. Llegué a casa llorando, intenté ocultarlo ante mis hijos, pero Antoñito era muy listo, tanto como su padre, y me siguió a la habitación.

Hay cosas que ningún niño de ocho años debiera saber, pero cuando ese niño ha vivido su infancia en la guerra, aunque no escuche palabras, entiende las miradas.

Esa noche comimos sopas de ajo, como todas las noches de ese mes; metí a los niños en la cama y me encerré a llorar en mi cuarto, arrepentida de mi mal carácter, de mi falta de sumisión, de mi desmesurado orgullo que nos iba a llevar a la tumba.

Ya de madrugada oí la puerta de la calle, salí corriendo de mi dormitorio y no vi a nadie, presa de un espantoso presentimiento entré en la habitación de mis hijos. Faltaban Antoñito y mi sobrino Manolín.

Temí por ellos, recé al dios en el que creo para que me los cuidara y protegiera, y cuando llegó el alba aparecieron.

Un niño zarrapastroso y un adolescente esquelético.

Sonreían.

Entraron en casa sin montar barullo y sacaron de debajo de sus chaquetas gastadas lo que me dijeron que era un conejo y un pollo.

—¿De dónde los habéis sacado? —pregunté aturdida—. No quiero ladrones en casa —les amonesté.

—Madre, no es conejo ni pollo; es gato y paloma. No hemos robado, hemos cazado. Haz la comida y seca tus lágrimas, que no va a faltar nunca más de comer —contestó mi hijo mayor.

Y no volvió a faltar de comer. A mí me quitaron la vida con sus salidas nocturnas. Me arrancaron el corazón con sus ojos de viejos. Pero no faltó comida en casa. Hasta los gorriones se convirtieron en pichones y aunque no lo quiero creer, pienso que asé alguna que otra rata en el fogón de mi casa.

Intenté ocultárselo todo a mi marido, pero no pude engañarlo, siempre había sabido leer en mí como en un libro abierto. En las pocas visitas que me permitieron hacerle en prisión le hablé de su «amigo», de los «conejos y pollos», del hambre, la miseria y el miedo, de tener la boca cerrada, de los militares por las calles y de los cascotes en las carreteras. Y él asentía en silencio. Escuchaba y callaba. Nunca me recriminó nada. Tampoco le di motivos. Y aunque se los hubiera dado, la necesidad de sobrevivir hubiera acallado sus palabras.

Cuando por fin salió de prisión lo primero que hizo fue pasarse por la carnicería.

Entró con paso seguro y acompasado y se paró frente a su «amigo» el carnicero. Este palideció. Mi marido estaba enflaquecido, más pálido que los muertos, casi calvo, sus manos antaño tranquilas, temblaban en el interior de los bolsillos de su chaqueta mientras sus ojos errantes vigilaban cada rincón a la espera de un guardia que lo amenazase.

El carnicero era orondo, la papada le colgaba en varias capas, la frente estaba constantemente empapada en sudor. Era un hombre débil que se valía de su poder para conseguir lo que de otra manera no obtendría.

Yo entré estremecida tras mi marido, asustada por lo que pudiera hacer, aterrorizada por perderle de nuevo nada más tenerlo. Indignada al pensar que por un estúpido asunto de honor mi Antonio, mi marido, mi alma, pudiera dar de nuevo con sus huesos en la cárcel.

Lo tomé del codo y tiré de él intentando que saliéramos de allí de la mejor manera posible.

Antonio me miró y sonrió.

—Tranquila, Visi, hay cosas que deben aclararse —dijo sin más.

Luego miró a su antiguo amigo que había retrocedido hasta pegar la espalda a la pared. Alzó la barbilla muy alta y se tocó el ala del sombrero con dos dedos.

—Observa mi cabeza. Está alta y en su sitio. No hay nada de lo que deba avergonzarme. ¿Puedes decir tú lo mismo? —le preguntó.

Mi marido se giró con la espalda bien recta, sin esperar respuesta.

No volvimos a ver a ese despojo nunca más.

A buen entendedor pocas palabras bastan.

Pesadillas y regalos

Cuando mi marido regresó a casa todo había cambiado.

Yo era distinta. Él no era la misma persona.

Al principio apenas lo noté, inmersa como estaba en el sueño de tenerlo otra vez conmigo, con nosotros. Pero enseguida la fantasía dio paso a la realidad.

Gracias al cielo, a mi esposo no le costó mucho recuperar su antiguo puesto. El patrón conocía su trabajo y estuvo dispuesto a acogerlo en la imprenta enseguida. Continuó con su mismo horario aunque con un jornal mucho más reducido. Fue como si ninguna guerra hubiera interrumpido nuestras vidas. Se levantaba antes del amanecer y terminaba el trabajo al atardecer.

El Antonio con el que me casé era un hombre sencillo que regresaba a casa al terminar su jornada, que pasaba sus horas libres pendiente de sus hijos y de mí, que disfrutaba sentado en su sillón con un libro en las manos. Era un lector empedernido, un hombre tranquilo que se complacía con la quietud del hogar y las sonrisas de su familia.

Todo eso cambió.

Cuando regresó a nuestro hogar, mi marido ya no volvía a casa al salir del trabajo, iba a la taberna y allí tomaba sus vinos.

Yo no salía de mi asombro.

Él, qué tanto aborrecía el alcohol y sus consecuencias, estaba ahora preso del vino.

Llegaba a casa con una sonrisa artificial y turulata en los labios, hablaba como si fuera gangoso, leía una y otra vez la misma página del libro porque era incapaz de entender las palabras dobles que sus ojos veían. A veces se tambaleaba por el pasillo, en otras ocasiones le bastaba con apoyarse en las paredes con las manos para llegar más o menos recto hasta la habitación.

Se había convertido en un borracho.

Amanecía sereno, con los ojos enrojecidos y la garganta seca. Acudía al trabajo y allí cumplía con sus labores con seriedad y circunspección, pero al salir era incapaz de regresar a casa estando sobrio.

Aguanté unos meses esta situación esperando que el tiempo solucionara las cosas y todo volviera a su antigua esencia, pero los meses pasaban y nada cambiaba.

Me harté.

Una tarde mandé a mis hijos con Victoria y esperé a que él volviera. En el mismo instante en que abrió la puerta de casa y me vio parada en el salón con mirada furiosa, él supo lo que se le venía encima. Se despojó de la chaqueta y del sombrero y con parsimonia los colgó del perchero mientras yo esperaba echando humo por las orejas.

Luego se sirvió un vaso del vino que desde hacia unos meses siempre guardaba en la alacena y recorrió lentamente el trecho hasta el sillón. Se sentó y fijó su mirada en mí.

Estallé.

Le increpé por su manera de actuar, le sermoneé con las palabras que antaño usaba él para describir a los borrachos, le amenacé con marcharme de casa.

Escuchó con atención mis palabras, no se le movió un músculo de la cara.

Me dieron ganas de matarle.

Cuando comprobó que yo no iba a seguir gritando, empezó a hablar. No podía enfrentarse sereno a nuestro hogar, era incapaz. No podía llegar a casa y ver a su mujer y a sus hijos vivos y felices cuando cada noche recordaba a las mujeres violadas y los niños asesinados con sus intestinos esparcidos por el suelo en los pueblos en los que había estado. Cuando cada noche soñaba con los ríos carmesíes por la sangre derramada, las trincheras explotando bajo la potencia de las bombas, las extremidades de los hombres volando por los aires.

No podía ver nuestra felicidad sin recordar la felicidad que él mismo había arrebatado con sus manos.

En la guerra no solo había matado enemigos, se había convertido en un animal. Un ser irracional capaz de asesinar cualquier cosa que se le pusiera por delante, de obedecer órdenes sin rechistar sabiendo que iban a acabar con pueblos enteros. Una sombra capaz de mirar hacia otro lado cuando sus superiores ejecutaban su poder inclemente y cruel con mujeres y niños inocentes e indefensos.

Había visto morir a vecinos, amigos y conocidos, algunos por manos del enemigo, otros por las suyas propias.

No podía regresar a casa, a la placidez del hogar y olvidar lo que había visto y hecho.

Se arrepentía cada segundo de cada hora de cada día, y no era suficiente. Ni en toda una vida podría pagar por todo lo que había visto, por todo lo que había hecho sufrir, por lo que había sufrido él mismo.

Me contó cómo habían vivido como alimañas casi al final de la guerra, poco antes de que los apresaran, escondidos en cuevas, matando a los pocos perros y caballos que les quedaban para comerse su carne sin perder tiempo siquiera en cocinarla. Cómo se habían peleado entre ellos culpándose por la derrota, cómo algunos incluso habían llegado a matar a compañeros en un arrebatado de rabia ante la mirada indiferente del resto.

—La guerra no la hemos perdido contra el enemigo, sino contra nosotros mismos —me dijo entre lágrimas.

Después me contó cómo lo habían apresado y llevado a prisión en un camión pestilente en el que estaban apiñados como ovejas conducidas al matadero. Cómo habían sido privados de la poca dignidad y humanidad que les quedaba.

Se vieron obligados a luchar entre ellos por la poca bazofia que los carceleros llamaban comida. Peleaban incluso por el agua verdosa para beber y, cuando los carceleros se aburrían y decidían divertirse con ellos, cuando les dejaban sin agua, cuando la necesidad era tal que perdían hasta la razón, lamían del canal de desagüe del suelo el agua mezclada con orines que llevaba.

Yo le miré estupefacta, no sabía de qué narices me estaba hablando.

Él se percató de mi mirada y con una sonrisa asqueada en sus labios me contó que en la prisión en que estuvo no había retretes ni nada parecido, solo un pequeño caño excavado en el suelo que se comunicaba con todas las celdas de la planta. Por él corría durante todo el día un pequeño hilo de agua y allí es donde hacían sus necesidades ya que no tenían otro lugar donde hacerlas. De ahí era de donde bebían cuando les retiraban el agua durante días y días, y cuando el hambre les volvía incapaces hasta de razonar como seres humanos. Allí era donde se arrodillaban como bestias para rebuscar entre los excrementos que bajaban por ese caño de agua pútrida alguna alubia mal digerida, o, si tenían suerte, un trozo de carne a medio descomponer que alguno de los presos con privilegios hubiera tirado por no considerarla adecuada.

No volví a echarle en cara su adicción a la bebida.

Dicen que el tiempo todo lo cura. Y así fue. El tiempo pasó para nosotros, y Antonio se fue recuperando poco a poco, sus mejillas se rellenaron, sus manos temblaron menos, sus ojos dejaron de estar perdidos, pero jamás dejó de beber.

Todos los días llegaba tarde a casa con el aliento apestandole a vino; pero aun así se mantenía erguido, sereno, cabal. A veces estaba más cariñoso de lo normal, o su voz fallaba en algunas palabras complicadas, pero no volvió a llegar tambaleándose y con eso me di por satisfecha.

Mantuve mi empleo en la taberna y ascendí de camarera a pinche de cocina y después a cocinera. Con el dinero que ganaba mantenía la casa y a mis hijos.

Con el jornal que mi marido ganaba en la imprenta, Antonio mantenía a sus demonios alejados de él, o al menos escondidos entre las brumas a medio disipar de su mente.

Cuando cumplí los treinta y dos años me apacigué un poco, parecía que por fin había llegado la hora de la tranquilidad. Mi marido estaba en casa, más o menos estable, mi trabajo era todo lo seguro que podía ser un trabajo en aquella época, no debía nada a nadie y mis hijos estaban medio criados.

Lola, con once años, era una niña preciosa, alta como su padre y morena como yo. Era todo un volcán, siempre con planes para el futuro que le duraban lo que dura un suspiro, siempre rodeada de amigos y amigas, con muchas ganas de vivir y unas prisas tremendas por convertirse en mujer.

Antoñito, no, Antonio —siempre se me olvida, odia que le llamen Antoñito—, con diez años, era alto y fuerte, con una cara de pícaro que tiraba para atrás y más listo que el hambre. Siempre estaba metido en trapicheos de los que nadie se enteraba

hasta que alguien llamaba a mi puerta para quejarse de cualquier historia estrambótica que se le hubiera ocurrido a mi hijo. Era el niño de las Ideas, si con mayúsculas... De las ideas disparatadas e inesperadas. Un chaval arrojado, inteligente y muy, pero que muy impaciente.

Y, por último, Rafael. El niño serio y paciente que era total contrapunto a sus hermanos. Idéntico a su padre, larguirucho, con el pelo rizado, ojos de sabio y un dominio de las palabras que me dejaba siempre con la boca abierta. Era el tipo de niño que escuchaba atento durante la conversación y que cuando todos los interlocutores habían dicho esta boca es mía, entonces rompía su silencio, hablaba y rebatía todo cuanto se había dicho con razones y argumentos plausibles, dejando a todo el mundo con la boca cerrada. Responsable, perspicaz y muy, muy calmado... hasta que explotaba, claro.

Por ese entonces yo vivía tranquila, sabiendo lo que debía esperar exactamente de cada día.

Hasta que llegó septiembre, ese mes no me bajó el periodo. No dije nada a nadie y esperé rezando para que fuera un simple desarreglo. Tampoco me bajó en octubre, ni en noviembre.

A finales de año, asustada y aterrorizada fui a ver a Victoria y le conté lo que me pasaba.

Estaba embarazada.

Victoria me recriminó por mi falta de cabeza. ¡Como si ella no hiciera nada con su marido!

Me angustió con sus palabras pesimistas. ¡Como si no me hubiera dado cuenta de lo que se me venía encima!

Me preguntó cómo pensaba mantener un nuevo niño, con Antonio como estaba y la edad que yo tenía. ¡Como si no supiera que era vieja para ser madre o que no podría contar con mi marido para criar a mi bebé!

Acabamos llorando una en brazos de la otra hasta quedarnos secas, y, por último, Victoria me dijo que para cualquier cosa que precisara, ella estaría allí. Respiré un poco más tranquila, al menos tendría un hombro en el que apoyarme cuando mi mundo se me viniera encima.

Parece mentira, pero lo que ahora se considera una buena edad para ser madre, treinta y tres años, en mi época era ser vieja.

Era arriesgarse.

Era la hecatombe.

No me veía capaz de soportar un nuevo embarazo y menos trabajando tanto como trabajaba. Veía complicadísimo comenzar de nuevo a cuidar a un bebé.

Todo se me hacía cuesta arriba, el trabajo me dejaba exhausta, la casa me agotaba. ¡Por Dios!, gritaba en mi cabeza una y otra vez.

¡A mi edad y madre! Apenas si podía pensar en otra cosa.

¡Parecería la abuela del bebé en vez de su mamá! Me veía vieja y arrugada con un bebé en los brazos.

¡Y sus hermanos parecerían sus tíos! No quería ni imaginármelo.

Virgen Santísima, ¿qué iba a hacer?

En mi desolación e incertidumbre no me paré a pensar que mis hijos eran mayores —lo eran para aquella época de niños viejos— y que bien podrían ayudarme. Tampoco me paré a pensar que quizás un bebé era lo que pudiera necesitar mi marido para salir de la oscuridad en que estaba inmerso.

No me paré a pensar en nada, solo en mí.

En mi cansancio, en mi edad, en mis penas.

Finalizaba ya el año y yo aún no me había atrevido a decírselo a Antonio, como si al no mentarlo pudiera hacerlo desaparecer. Pero aunque Antonio no se diera cuenta, las vecinas no estaban ciegas, y en esos tiempos de dimes y diretes, envidias e hipocresía, de nada que hacer salvo examinar con lupa la vida de los demás, una supuesta amiga se dio cuenta.

Me paró cuando entraba en mi casa y me invitó a tomar un vaso de agua a la suya. Yo acepté intrigada. En cuanto estuvimos a solas, me pasó la mano por el hombro en una parodia de afecto y me habló en susurros. Sabía que yo estaba embarazada, sabía la situación que tenía en casa, que no tenía medios para mantener a un nuevo bebé y me aportó una solución a mis problemas.

—Siéntate en lo más alto de la escalera y tírate de culo. Te desharás del problema.

Abandoné su casa al momento, con el corazón en un puño y las lágrimas asolando mis ojos.

Me gustaría decir que no cavilé esa idea, que por mi cabeza no pasó esa solución.

Pero mentiría.

Durante días me vi tentada de hacer lo que me había sugerido, más de una vez me encontré sentada en lo alto de las escaleras, el cuerpo inclinado hacia delante, agarrada con ambas manos al escalón y empapada en sudor.

A finales de enero me sinceré con mi esposo.

El 25 de abril nació mi hija menor.

Mi marido eligió el nombre: María Paz de la Victoria.

María por mi hermana muerta, Paz por el final de la guerra, Victoria porque por primera vez en mucho tiempo se veía capaz de vencer a sus demonios.

Y lo hizo. Mi marido dejó de llegar borracho a casa, dejó de gastarse el jornal en vinos, comenzó a leer de nuevo y centró toda su atención en disfrutar de su pequeña como no había disfrutado de los mayores.

En casa seguía habiendo vino, para qué engañarnos, y él seguía bebiendo. Quizá un poco más de un vasito de vino con las comidas, pero no tanto como una botella en la cena. Se acabaron las noches de espera, temerosa por si no regresaba.

La pequeña se convirtió rápidamente en la niña mimada de la casa, mi hija Lola le llevaba doce años y la convirtió en su muñequita, le hacía ropita a medida, le peinaba

el pelo con tirabuzones, la llevaba de paseo a las Vistillas.

Recuerdo como si fuera ayer la estampa de ellas dos: Lola con dieciséis años arreglándose para salir con las amigas a la Verbena de la Paloma y Mari Paz con cuatro pidiéndole que le contara un cuento para poder dormirse la siesta.

—Vamos, tata, el de la princesa y ninguno más. Lo prometo.

—No. Llego tarde, luego te lo cuento por la noche.

—Pero por la noche me duermo enseguida y nunca se cómo acaba, tata.

—Si es que tengo prisa, luego te lo cuento.

—Está bien, tata.

Y Mari Paz, obediente como era, se metía solita en la cama que compartía con su hermana y se tapaba con la manta. Segundos después, Lola entraba en la habitación con la conciencia revuelta y le contaba el cuento de la princesa. Desde el principio hasta el final.

Antoñito no era de cuentos ni gaitas, como decía él, lo suyo eran las cosas prácticas, que, traducido a su idioma de travesuras y aventuras, significaba que tomó a su hermana pequeña bajo su ala y advirtió a todos de que nadie, absolutamente nadie del barrio (ni del mundo ya puestos) podía poner la mano encima a su hermanita, reírse de ella o cualquier otra cosa que a él le pareciera una afrenta, porque entonces esa persona se enfrentaría a su venganza, y puedo asegurar que las venganzas de Antoñito no eran moco de pavo. De hecho, Mari Paz jamás de los jamases llegó a casa contando ningún altercado con ningún niño mayor que ella. No había arrestos.

Rafael, el más serio de mis hijos, la adoptó como si fuera su hija en vez de su hermana. La vigilaba en todo momento cuando yo no estaba en casa (incluso cuando yo sí estaba). La sentaba sobre sus rodillas y le iba diciendo las letras del abecedario a la vez que las escribía con un dedo en la tierra de la calle. Otras veces se sentaban los dos a la mesa y con piedrecillas le iba indicando que número pertenecía a cada cantidad de piedras, cuando Mari Paz lo aprendió sin errores, se ocupó de enseñarla a quitar y poner piedrecillas. Mi pequeña con cinco años sabía leer sin problemas, sumar y restar... y si no sabía más era porque su hermano mayor tampoco lo sabía. Ni más ni menos.

Y mientras los años iban pasando, mi marido se dedicaba a observar a sus hijos, a mimar a su pequeña, a recrearse con su familia.

Fueron años estupendos, años en los que recuperamos el tiempo perdido, en los que disfrutamos unos de otros como si cada día fuera el último de nuestras vidas.

Menos mal que al menos tuvimos esos años.

Lola conoció a su novio al cumplir veinte años, no nos gustó a nadie, ni a Antonio ni a los niños ni a mí misma, pero como a ella sí le gustaba nos tuvimos que callar.

Aunque eso no quiere decir que siempre estuviéramos callados, en mi casa siempre se han puesto los puntos sobre las íes sin pelos en la lengua.

Cuando cumplió los veintitrés estaba decidida a casarse con él. Ahorramos cuanto pudimos y cuando vimos que podían hacer una buena boda sin pedir ningún favor, pagar los muebles de su nueva casa sin deber nada a nadie, alimentarse decentemente y pagar el alquiler con el jornal que sacaban de sus respectivos trabajos, pusimos en marcha el circo del matrimonio.

Ambos querían casarse por la iglesia, así que yo me tragué mi repulsión y sonreí como si fuera lo mejor del mundo. Pidieron día en San Francisco el Grande y les dieron fecha de un año en adelante. Perfecto, así nos daba tiempo de prepararlo todo bien.

Cuando faltaban seis meses para la ceremonia, Antonio comenzó a ponerse amarillo.

Cuando faltaban cinco, empezó a quejarse de dolor de estómago.

Cuando faltaban cuatro, le convencimos de ir al médico.

Tres meses después, un mes antes de poder ver casarse a su hija mayor, el 30 de octubre de 1958, Antonio murió de cirrosis a la edad de cuarenta y ocho años, en su cama, entre mis brazos.

Mi hija pequeña tenía doce años.

El beso que di a mi marido antes de amortajarlo fue el último beso que di a un hombre en mi vida. Las lágrimas que derramé ante su tumba al día siguiente en el cementerio de la Almudena fueron las últimas que abandonaron mis ojos.

Miento, volví a llorar, por mis hijos, muchos años más tarde.

Con el paso de los años he acabado por entender a mi madre.

No tengo prisa por morir, soy feliz con mis biznietos, mis nietos y los hijos que me quedan, pero tampoco tengo miedo de que me llegue la hora. Sé que él me está esperando allí arriba, con su sonrisa sesgada, su sombrero ladeado y sus gafas caídas sobre la nariz mientras sostiene un libro de poesía.



NOELIA AMARILLO nació en Madrid el 31 de octubre de 1972. Creció en Alcorcón (Madrid) y cuando tuvo la oportunidad se mudó a su propia casa, en la que convive en democracia con su marido e hijas y unas cuantas mascotas. En la actualidad trabaja como secretaria en la empresa familiar, disfruta cada segundo del día de su familia y amigas y, aunque parezca mentira, encuentra tiempo libre para continuar haciendo lo que más le gusta: escribir novela romántica.

Su relato *El corazón de una estrella*, fue uno de los cinco ganadores del I Premio Narrativa Romántica La Máquina China.